

## [DE GENESI CONTRA MANICHAEOS.]

DE SEQUENTIBUS DUOBUS LIBRIS DE GENESI CONTRA MANICHAEOS.

S. AUGUSTINUS IN LIB. VIII DE GENESI AD LITT., CAP. II.

Contra los Maniqueos, que al no aceptar estas letras del Antiguo Testamento como es debido, erran, y al no aceptarlas en absoluto y detestarlas, blasfeman, escribí dos libros en el reciente tiempo de mi conversión; deseando rápidamente refutar sus delirios o elevar su intención a buscar en las Escrituras que odian, la fe cristiana y evangélica. Y como en ese momento no se me ocurría todo el modo en que podrían ser propiamente entendidas, y más bien parecía que no podían ser entendidas, o apenas podían o difícilmente; para no retrasarme, expliqué con la mayor brevedad y claridad posible lo que figuradamente significaban aquellas cosas que no pude encontrar literalmente, para que no, disuadidos por una larga lectura o la oscuridad de la discusión, se abstuvieran de tomarlas en sus manos.

S. AURELIO AGUSTÍN, OBISPO DE HIPONA, DE GENESI CONTRA MANICHAEOS LIBROS DOS. (C)

LIBRO PRIMERO. En el cual se defiende el inicio del Génesis de las calumnias de los Maniqueos, es decir, desde este versículo, cap. 1: En el principio creó Dios el cielo y la tierra, hasta el versículo 2, cap. 2, donde se dice que Dios descansó el séptimo día.

CAPÍTULO PRIMERO.---Escribirá en defensa de la antigua Ley contra los Maniqueos con un estilo adaptado a la comprensión de los menos instruidos.

1. Si los Maniqueos eligieran a quienes engañar, nosotros elegiríamos las palabras con las que responderles: pero como ellos persiguen tanto a los doctos en letras como a los indoctos con su error, y cuando prometen la verdad, intentan apartar de la verdad; su vanidad debe ser refutada no con un discurso adornado y pulido, sino con hechos manifiestos. Me agradó la opinión de algunos verdaderos cristianos, que aunque son eruditos en letras liberales, al leer otros de nuestros libros que publicamos contra los Maniqueos, vieron que eran difíciles de entender o no entendidos por los menos instruidos, y me aconsejaron con gran benevolencia que no abandonara el lenguaje común si pensaba en expulsar esos errores tan perniciosos de las mentes incluso de los menos instruidos. Porque este lenguaje usual y simple también lo entienden los doctos, pero aquel otro no lo entienden los indoctos.

2. Los Maniqueos suelen vituperar las Escrituras del Antiguo Testamento, que no conocen, y con esa vituperación se burlan y engañan a nuestros débiles y pequeños, que no encuentran cómo responderles: porque no hay Escritura que no pueda ser fácilmente criticada por aquellos que no la entienden. Pero por eso la divina providencia permite que haya muchos herejes de diversos errores, para que cuando nos insultan y nos preguntan cosas que no sabemos, al menos así sacudamos la pereza y deseemos conocer las Escrituras divinas. Por eso también el Apóstol dice: Es necesario que haya herejías, para que los aprobados se manifiesten entre vosotros (1 Cor. XI, 19). Porque aquellos son aprobados por Dios, que pueden enseñar bien: pero no pueden ser manifiestos a los hombres, sino cuando enseñan; y no quieren enseñar, sino a aquellos que buscan ser enseñados. Pero muchos son perezosos para buscar, a menos que por las molestias e insultos de los herejes sean como despertados de un sueño, y se avergüencen de su ignorancia, y sientan que están en peligro por su ignorancia. Si estas personas tienen buena fe, no ceden a los herejes, sino que buscan diligentemente qué responderles. Y Dios no los abandona, para que los que piden reciban, y los que buscan

encuentren, y a los que llaman se les abra (Mat. VII, 7). Pero los que desesperan de poder encontrar en la disciplina católica lo que buscan, son desgastados por los errores; y si buscan con perseverancia, regresan a las mismas fuentes de las que se desviaron, después de grandes trabajos fatigados y sedientos, y casi muertos.

CAPÍTULO II.---El versículo 1, cap. 1 del Génesis, se defiende contra los detractores, sobre qué hacía Dios antes de la creación del mundo y por qué de repente le agradó crear el mundo.

3. Así suelen los Maniqueos criticar el primer libro del Antiguo Testamento, que se titula Génesis. Lo que está escrito, En el principio hizo Dios el cielo y la tierra, preguntan, ¿en qué principio? y dicen: Si en algún principio del tiempo hizo Dios el cielo y la tierra, ¿qué hacía antes de hacer el cielo y la tierra? y ¿qué le agradó de repente hacer, lo que nunca antes había hecho por tiempos eternos? A esto respondemos, que Dios hizo en el principio el cielo y la tierra, no en el principio del tiempo, sino en Cristo, cuando el Verbo estaba con el Padre, por el cual fueron hechas y en el cual fueron hechas todas las cosas (Juan I, 1, 3). Porque nuestro Señor Jesucristo, cuando los judíos le preguntaron quién era, respondió, Principio, porque también os hablo (Id. VIII, 25). Pero incluso si creemos que Dios hizo el cielo y la tierra en el principio del tiempo, debemos entender que antes del principio del tiempo no había tiempo. Porque Dios hizo también los tiempos: y por eso antes de hacer los tiempos, no había tiempos. No podemos, por tanto, decir que hubo algún tiempo cuando Dios aún no había hecho algo. ¿Cómo podría haber tiempo que Dios no hubiera hecho, siendo él el creador de todos los tiempos? Y si el tiempo comenzó a existir con el cielo y la tierra, no se puede encontrar un tiempo en el que Dios aún no hubiera hecho el cielo y la tierra. Pero cuando se dice, ¿Qué le agradó de repente?, se dice como si hubieran pasado algunos tiempos en los que Dios no había obrado nada. Porque no podía pasar el tiempo, que Dios aún no había hecho; porque no puede ser el creador de los tiempos, sino quien es antes de los tiempos. Ciertamente, incluso los mismos Maniqueos leen al apóstol Pablo, y lo alaban y honran; y al interpretar mal sus Epístolas, engañan a muchos. Díganos, pues, qué dijo el apóstol Pablo, El conocimiento de la verdad que es según la piedad de Dios en la esperanza de la vida eterna, que prometió el Dios que no miente antes de los tiempos eternos (Tit. I, 1, 2): porque, ¿qué pudieron tener antes de sí los tiempos eternos? Que se vean obligados a explicar esto, para que entiendan que no entienden, cuando temerariamente quieren criticar lo que debieron buscar diligentemente.

4. Pero si no dicen, ¿Qué le agradó a Dios de repente hacer el cielo y la tierra?, sino que quitan de ahí, de repente; y solo dicen, ¿Qué le agradó a Dios hacer el cielo y la tierra? No decimos que este mundo sea coeterno con Dios, porque este mundo no es de la eternidad de Dios: pues Dios hizo el mundo, y así con la misma criatura que Dios hizo, los tiempos comenzaron a existir; y por eso se llaman tiempos eternos. Sin embargo, los tiempos no son eternos como es eterno Dios, porque Dios es antes de los tiempos, quien es el creador de los tiempos: así como todas las cosas que Dios hizo son muy buenas, pero no son tan buenas como es bueno Dios, porque él las hizo, pero estas fueron hechas: ni las engendró de sí mismo, para que fueran lo que él es; sino que las hizo de la nada, para que no fueran iguales, ni a él de quien fueron hechas; ni a su Hijo por quien fueron hechas; porque es justo. Si, pues, estos dijeran, ¿Qué le agradó a Dios hacer el cielo y la tierra?, se les debe responder, para que primero aprendan la fuerza de la voluntad humana, quienes desean conocer la voluntad de Dios. Porque buscan conocer las causas de la voluntad de Dios, cuando la voluntad de Dios es la causa de todas las cosas que son. Si la voluntad de Dios tiene causa, hay algo que antecede a la voluntad de Dios, lo cual es impío creer. Quien, pues, dice, ¿Por qué hizo Dios el cielo y la tierra?, se le debe responder, Porque quiso. Porque la voluntad de Dios es la causa del cielo y la tierra, y por eso la voluntad de Dios es mayor que el cielo y la tierra. Pero

quien dice, ¿Por qué quiso hacer el cielo y la tierra?, busca algo mayor que la voluntad de Dios: pero nada mayor puede encontrarse. Que la temeridad humana se contenga, y no busque lo que no es, para que no encuentre lo que es. Y si alguien desea conocer la voluntad de Dios, que se haga amigo de Dios: porque si alguien quisiera conocer la voluntad de un hombre, de quien no es amigo, todos se burlarían de su impudencia y necesidad. Pero nadie se hace amigo de Dios, sino con costumbres purísimas, y con aquel fin del precepto del que el Apóstol dice, El fin del precepto es la caridad de corazón puro, y de buena conciencia, y de fe no fingida (1 Tim. I, 5): lo cual si tuvieran, no serían herejes.

CAPÍTULO III.---Se defiende el vers. 2.

5. Lo que sigue en el libro del Génesis, La tierra, sin embargo, era invisible y desordenada, los Maniqueos lo critican diciendo: ¿Cómo hizo Dios en el principio el cielo y la tierra, si ya la tierra era invisible y desordenada? Así, cuando quieren criticar las Escrituras divinas antes de conocerlas, no entienden incluso las cosas más claras. Porque, ¿qué podría decirse más claramente que esto que se dijo, En el principio hizo Dios el cielo y la tierra; pero la tierra era invisible y desordenada; es decir, En el principio hizo Dios el cielo y la tierra; pero la misma tierra que Dios hizo, era invisible y desordenada, antes de que Dios dispusiera las formas de todas las cosas en sus lugares y sedes con ordenada distinción: antes de que dijera, Hágase la luz, y, Hágase el firmamento, y, Reúnanse las aguas, y, Aparezca lo seco, y las demás cosas que en el mismo libro se exponen en orden, de modo que los pequeños puedan comprenderlas? Todas estas cosas contienen tan grandes misterios, que quien las haya aprendido, lamentará la vanidad de todos los herejes porque son hombres, o se burlará de ellos porque son soberbios.

6. Sigue en el mismo libro, Y las tinieblas estaban sobre el abismo. Lo que los Maniqueos critican diciendo: ¿Estaba, pues, Dios en las tinieblas, antes de hacer la luz? Verdaderamente ellos están en las tinieblas de la ignorancia, y por eso no entienden la luz, en la que Dios estaba antes de hacer esta luz. Porque no conocen esta luz, sino la que ven con los ojos de la carne. Y por eso este sol, que no solo vemos junto con las bestias mayores, sino también con las moscas y los gusanos, lo adoran de tal manera que dicen que es una partícula de aquella luz en la que habita Dios. Pero entendamos que hay otra luz en la que habita Dios, de donde es aquella luz de la que se lee en el Evangelio, Era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Juan 1, 9). Porque la luz de este sol no ilumina a todo hombre, sino al cuerpo del hombre y a los ojos mortales, en los que nos superan los ojos de las águilas, que se dice que miran este sol mucho mejor que nosotros. Pero aquella luz no alimenta los ojos de las aves irracionales, sino los corazones puros de aquellos que creen en Dios, y se convierten de su amor a las cosas visibles y temporales para cumplir sus preceptos. Lo cual todos los hombres pueden si quieren, porque aquella luz ilumina a todo hombre que viene a este mundo. Por tanto, las tinieblas estaban sobre el abismo antes de que esta luz fuera hecha: de la cual se dice en este lugar a continuación.

CAPÍTULO IV.---Para entender que las tinieblas no son nada.

7. Y dijo Dios, Hágase la luz. Porque donde no hay luz, hay tinieblas, no porque las tinieblas sean algo, sino que la misma ausencia de luz se llama tinieblas. Así como el silencio no es alguna cosa, sino que donde no hay sonido, se llama silencio. Y la desnudez no es alguna cosa, sino que en el cuerpo donde no hay cobertura, se llama desnudez. Y la vacuidad no es algo, sino que el lugar donde no hay cuerpo, se llama vacío. Así, las tinieblas no son algo, sino que donde no hay luz, se llaman tinieblas. Esto lo decimos porque suelen decir: ¿De dónde estaban esas tinieblas sobre el abismo, antes de que Dios hiciera la luz? ¿quién las

había hecho o engendrado? o si nadie las había hecho o engendrado, las tinieblas eran eternas. Como si las tinieblas fueran algo: pero, como se ha dicho, la ausencia de luz ha recibido este nombre. Pero porque ellos, engañados por sus fábulas, creyeron que había una nación de tinieblas, en la que también creen que había cuerpos y formas y almas en esos cuerpos, por eso piensan que las tinieblas son algo: y no entienden que no se sienten las tinieblas, sino cuando no vemos, así como no se siente el silencio, sino cuando no oímos. Así como el silencio no es nada, así tampoco las tinieblas son nada. Así como estos dicen que la nación de las tinieblas luchó contra la luz de Dios; así también otro igualmente vano podría decir que la nación de los silencios luchó contra la voz de Dios. Pero no hemos asumido ahora refutar y convencer esas vanidades. Ahora hemos decidido defender lo que critican en el Antiguo Testamento, tanto como el Señor se digne conceder fuerzas, y mostrar en ellas que la ceguera de los hombres no vale nada contra la verdad de Dios.

CAPÍTULO V.---Para entender que el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas según el vers. 2.

8. Lo que está escrito, Y el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas, los Maniqueos suelen criticarlo diciendo: ¿Era, pues, el agua la morada del Espíritu de Dios, y ella contenía al Espíritu de Dios? Intentan pervertir todo con una mente perversa, y se ciegan con su malicia. Porque cuando decimos, El sol se mueve sobre la tierra, ¿acaso queremos decir con esto que el sol habita en la tierra, y que la tierra contiene al sol? Y sin embargo, el Espíritu de Dios no se movía sobre las aguas como el sol se mueve sobre la tierra; sino de otro modo que pocos entienden. Porque no se movía sobre las aguas a través de los espacios de los lugares, como el sol se mueve sobre la tierra; sino a través del poder de su invisible sublimidad. Díganos, pues, estos, cómo se mueve sobre las cosas que han de ser fabricadas, la voluntad del artífice. Porque si no comprenden estas cosas humanas y cotidianas, teman a Dios, y busquen con corazón sencillo lo que no entienden, no sea que cuando quieren con palabras sacrílegas cortar la verdad que no pueden ver, el hacha les vuelva a las piernas. Porque aquella no puede ser cortada que permanece inmutable; pero cualquier golpe lanzado contra ella se devuelve, y con mayor fuerza regresa a aquellos que se atreven a golpear lo que deberían creer, para que merezcan entender.

9. Luego preguntan, e insultando interrogan: ¿De dónde era esa agua sobre la que se movía el Espíritu de Dios? ¿acaso no está escrito antes que Dios hiciera el agua? Si esto lo preguntaran piadosamente, encontrarían cómo debe entenderse. Porque el agua no fue llamada así en este lugar, para que entendamos esta que ya podemos ver y tocar: así como tampoco la tierra que se dijo desordenada e invisible, era tal como esta que ya puede ser vista y tocada. Pero lo que se dijo, En el principio hizo Dios el cielo y la tierra, con el nombre de cielo y tierra se significó toda la creación, que Dios hizo y creó. Por eso fueron llamadas con nombres de cosas visibles, debido a la debilidad de los pequeños, que son menos capaces de comprender las cosas invisibles. Primero, pues, se hizo la materia confusa e informe, de la cual se harían todas las cosas que fueron distinguidas y formadas, lo que creo que los griegos llaman caos. Pues así leemos en otro lugar dicho en las alabanzas de Dios, Que hiciste el mundo de materia informe (Sab. XI, 18): lo que algunos códigos tienen, de materia invisible.

CAPÍTULO VI.---Materia informe hecha de la nada, y de ella todo.

10. Y por eso se cree rectamente que Dios hizo todo de la nada, porque aunque todo lo formado fue hecho de esta materia, esta misma materia sin embargo fue hecha de absolutamente nada. No debemos ser como estos que no creen que el Dios omnipotente pudo hacer algo de la nada, cuando consideran que los artesanos y cualquier obrero no pueden

hacer algo, a menos que tengan de qué hacerlo. Porque la madera ayuda al carpintero, y la plata ayuda al platero, y el oro al orfebre, y la tierra al alfarero para que pueda completar sus obras. Porque si no son ayudados por la materia de la que hacen algo, no pueden hacer nada, ya que ellos mismos no hacen la materia. Porque el carpintero no hace la madera, sino que de la madera hace algo: así también todos los demás artesanos de este tipo. Pero el Dios omnipotente no necesitaba ser ayudado por ninguna cosa que él mismo no hubiera hecho, para que pudiera hacer lo que quería. Porque si alguna cosa que él no había hecho lo ayudaba en las cosas que quería hacer, no era omnipotente: lo cual es sacrílego creer.

#### CAPÍTULO VII.---Materia informe designada con varios nombres.

11. La materia informe que Dios creó de la nada fue llamada primero cielo y tierra, y se dijo: "En el principio creó Dios el cielo y la tierra"; no porque ya existiera, sino porque podía llegar a serlo: pues también se escribe que el cielo fue hecho después. De la misma manera que al considerar la semilla de un árbol, decimos que allí están las raíces, el tronco, las ramas, los frutos y las hojas; no porque ya existan, sino porque de allí surgirán: así se dijo: "En el principio creó Dios el cielo y la tierra", como si fuera la semilla del cielo y la tierra, cuando la materia del cielo y la tierra aún estaba en confusión; pero como era seguro que de allí surgirían el cielo y la tierra, ya la misma materia fue llamada cielo y tierra. Este tipo de expresión también la usa el Señor cuando dice: "Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Os he llamado amigos, porque todo lo que oí de mi Padre, os lo he dado a conocer" (Juan XV, 15): no porque ya estuviera hecho, sino porque ciertamente iba a suceder. Pues poco después les dice: "Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis soportar" (Id. XVI, 12). ¿Por qué entonces había dicho: "Todo lo que oí de mi Padre, os lo he dado a conocer", si no porque sabía que lo haría? Así también se pudo llamar cielo y tierra a la materia de la que aún no se había hecho el cielo y la tierra, pero que no se haría de otra cosa. Se encuentran innumerables expresiones de este tipo en las Escrituras divinas. Como en el uso de nuestro lenguaje, cuando decimos que algo que esperamos con certeza que suceda, ya está hecho.

12. A esta materia aún informe, también quiso llamarla tierra invisible y desordenada, porque entre todos los elementos del mundo, la tierra parece menos hermosa que los demás. La llamó invisible por su oscuridad; y desordenada, por su falta de forma. A la misma materia también la llamó agua, sobre la cual se movía el Espíritu de Dios, como la voluntad del artífice se mueve sobre las cosas que va a fabricar. Aunque esto puede ser comprendido por pocos, no sé si puede ser explicado con palabras humanas, ni siquiera por unos pocos hombres. Por eso no es absurdo que esta materia también se llame agua, porque todo lo que nace en la tierra, ya sean animales, árboles o hierbas, y cosas similares, comienza a formarse y nutrirse de la humedad. Todos estos nombres, ya sea cielo y tierra, o tierra invisible y desordenada y abismo con tinieblas, o agua sobre la cual se movía el Espíritu, son nombres de la materia informe: para que lo desconocido se insinuara a los menos entendidos con vocablos conocidos; y no con un solo vocablo, sino con muchos, para que si fuera uno solo, no se pensara que era lo que los hombres solían entender con ese vocablo. Se dijo entonces cielo y tierra, porque de allí surgirían el cielo y la tierra. Se dijo tierra invisible y desordenada y tinieblas sobre el abismo, porque era informe, y no podía ser vista ni tocada con ninguna forma, aunque hubiera un hombre que pudiera ver y tocar. Se dijo agua, porque era fácil y dúctil para el operante, para que de ella se formara todo. Pero bajo todos estos nombres, la materia era invisible e informe, de la cual Dios creó el mundo.

#### CAPÍTULO VIII.---Se reprime la calumnia de los maniqueos sobre el versículo 4.

13. Y dijo Dios: "Hágase la luz". Y se hizo la luz. Esto no suelen reprocharlo los maniqueos, sino lo que sigue: "Y vio Dios que la luz era buena". Dicen: ¿Acaso no conocía Dios la luz, o no conocía el bien? Pobres hombres, a quienes les desagrada que a Dios le agradaran sus obras, cuando ven incluso a un hombre artífice, por ejemplo, un carpintero, que aunque en comparación con la sabiduría y el poder de Dios es casi nada, sin embargo, corta y trabaja la madera, cepillándola, aserrándola, alisándola, torneándola y puliéndola hasta llevarla, en la medida de lo posible, a las reglas del arte, y que le agrada a su artífice. ¿Acaso porque le agrada lo que hizo, no conocía el bien? Por supuesto que lo conocía internamente en su mente, donde el arte mismo es más hermoso que lo que se fabrica con arte. Pero lo que el artífice ve internamente en el arte, lo aprueba externamente en la obra, y eso es lo perfecto que agrada a su artífice. Vio entonces Dios que la luz era buena: con estas palabras no se muestra que a Dios le sorprendiera un bien insólito, sino que le agradó lo perfecto.

14. ¿Qué si se hubiera dicho: "Dios se maravilló de la luz porque era buena"? ¿Cuánto clamarian? ¿Cuánto discutirían? La admiración, en verdad, suele surgir de cosas inesperadas, y sin embargo, leen y alaban a nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio por haberse maravillado de la fe de los creyentes (Mat. VIII, 10). ¿Quién en ellos había hecho esa fe, sino él mismo que se maravillaba de ella? Y si otro la hubiera hecho, ¿por qué se maravillaría él, que era presciente? Si los maniqueos resuelven esta cuestión, vean que también aquella puede resolverse. Pero si no la resuelven, ¿por qué reprueban lo que no quieren que les concierna, cuando no conocen lo que dicen que les concierne? Porque lo que nuestro Señor se maravilla, nos indica que debemos maravillarnos, nosotros que aún necesitamos ser movidos así. Todos esos movimientos suyos no son signos de un ánimo perturbado, sino de un maestro que enseña. Así son también las palabras del Antiguo Testamento, que no enseñan a un Dios débil, sino que se adaptan a nuestra debilidad. Porque nada digno puede decirse de Dios. Sin embargo, para que nos alimentemos y lleguemos a lo que no puede decirse con ningún lenguaje humano, se dicen cosas que podemos comprender.

CAPÍTULO IX.---Se defiende la otra parte del mismo versículo y la primera parte del versículo siguiente.

15. Y separó Dios entre la luz y las tinieblas, y llamó Dios a la luz día, y a las tinieblas llamó noche. Aquí no se dijo: "Hizo Dios las tinieblas"; porque las tinieblas, como se dijo antes, son la ausencia de luz: sin embargo, se hizo una distinción entre la luz y las tinieblas. Así como nosotros hacemos la voz gritando; pero hacemos el silencio no sonando, porque la cesación de la voz es el silencio: sin embargo, distinguimos con cierto sentido entre la voz y el silencio, y llamamos a aquello voz, y a esto silencio; así como decimos correctamente que hacemos silencio, así en muchos lugares de las Escrituras divinas se dice correctamente que Dios hace las tinieblas, porque la luz en los tiempos y lugares que él quiere, o no la da, o la retira. Pero todo esto se dice para nuestro entendimiento. ¿En qué lengua llamó Dios a la luz día, y a las tinieblas noche? ¿Acaso en hebreo, o en griego, o en latín, o en alguna otra? Y así todo lo que llamó, se puede preguntar en qué lengua lo llamó. Pero en Dios hay puro entendimiento, sin ruido ni diversidad de lenguas. Sin embargo, se dijo "llamó", es decir, hizo que se llamara; porque así distinguió y ordenó todo, para que pudiera discernirse y recibir nombres. Pero más adelante, en su lugar, investigaremos si realmente debe entenderse así, porque cuanto más nos adentramos en las Escrituras y nos acostumbramos a ellas, más nos familiarizamos con sus expresiones. Así decimos: "Ese padre de familia construyó esta casa", es decir, hizo que se construyera, y se encuentran muchas cosas similares en todos los libros de las Escrituras divinas.

CAPÍTULO X.---Cómo se entiende correctamente que comenzó y pasó un día según el versículo 5.

16. Y fue la tarde y fue la mañana, un día. Y aquí los maniqueos critican, pensando que se dijo así, como si el día comenzara por la tarde. No entienden la operación por la cual se hizo la luz, y se separó entre la luz y las tinieblas, y se llamó a la luz día, y a las tinieblas noche; no entienden que toda esta operación pertenece al día: después de esta operación, como si el día hubiera terminado, fue la tarde. Pero como también la noche pertenece a su día, no se dice que pasó un día, sino también después de que pasó la noche cuando fue la mañana: así se cuentan los días siguientes de la mañana a la mañana. Ahora, cuando fue la mañana, y pasó un día, comienza la operación que sigue desde la misma mañana que ya fue, y después de esa operación es la tarde, luego la mañana, y pasa otro día: y así sucesivamente pasan los demás días.

CAPÍTULO XI.---Las aguas divididas por el firmamento: versículos 6-8.

17. Y dijo Dios: "Haya un firmamento en medio de las aguas, y separe las aguas de las aguas"; y así fue. E hizo Dios el firmamento, y separó Dios entre las aguas que están sobre el firmamento y las aguas que están debajo del firmamento, y llamó Dios al firmamento cielo: y vio Dios que era bueno. No recuerdo que los maniqueos suelen criticar esto: sin embargo, que las aguas fueran divididas para que unas estuvieran sobre el firmamento y otras debajo del firmamento, ya que decíamos que aquella materia era llamada con el nombre de agua, creo que el firmamento del cielo separó la materia corporal de las cosas visibles de aquella incorpórea de las cosas invisibles. Pues siendo el cielo un cuerpo hermosísimo, toda criatura invisible excede incluso la hermosura del cielo; y por eso tal vez se dice que las aguas invisibles están sobre el cielo, que pocos entienden que superan al cielo no por lugares, sino por la dignidad de su naturaleza: aunque sobre este asunto no debe afirmarse nada temerariamente; pues es oscuro y alejado de los sentidos humanos: pero de cualquier manera que sea, antes de entenderse, debe creerse. Y fue la tarde y fue la mañana, el segundo día. Ya todo esto que se repite, debe entenderse y tratarse como se dijo antes.

CAPÍTULO XII.---La congregación de las aguas de la que hablan los versículos 9 y 10, es su misma formación.

18. Y dijo Dios: "Reúnanse las aguas que están debajo del cielo en un solo lugar, y aparezca lo seco"; y así fue. Y se reunieron las aguas que estaban debajo del cielo en un solo lugar, y apareció lo seco. Y llamó Dios a lo seco tierra; y a la reunión de las aguas llamó mares. Y vio Dios que era bueno. En este lugar los maniqueos dicen: Si todo estaba lleno de aguas, ¿cómo podían reunirse las aguas en un solo lugar? Pero ya se dijo antes que con el nombre de aguas se llamaba aquella materia sobre la cual se movía el Espíritu de Dios, de la cual Dios iba a formar todo. Ahora bien, cuando se dice: "Reúnanse las aguas que están debajo del cielo en un solo lugar"; se dice para que aquella materia corporal se forme en la especie que tienen estas aguas visibles. Pues esa misma reunión en uno, es la misma formación de estas aguas que vemos y tocamos. Toda forma se ajusta a la regla de la unidad. Y lo que se dice: "Aparezca lo seco", ¿qué otra cosa se debe entender sino que aquella materia tome la forma visible que ahora tiene esta tierra que vemos y tocamos? Lo que antes se llamaba tierra invisible y desordenada, se refería a la confusión y oscuridad de la materia; y lo que se llamaba agua sobre la cual se movía el Espíritu de Dios, se refería a la misma materia. Ahora bien, el agua y la tierra se forman de aquella materia, que se llamaba con esos nombres antes de recibir las formas que ahora vemos. Ciertamente se dice que en la locución hebrea toda reunión de aguas, ya sean saladas o dulces, se llama mar.

CAPÍTULO XIII.---Se resuelve la queja sobre los versículos 11-13, a saber, por qué la tierra produce lo infructífero y nocivo.

19. Y dijo Dios: "Produzca la tierra hierba que dé semilla según su especie y semejanza, y árbol frutal que dé fruto, cuya semilla esté en él según su semejanza". Y así fue. Y produjo la tierra hierba que da semilla según su especie, y árbol frutal que da fruto, cuya semilla está en él según su semejanza, según su especie sobre la tierra. Y vio Dios que era bueno. Y fue la tarde y fue la mañana, el tercer día (Gén. III, 17-19). Aquí suelen decir: Si Dios ordenó que naciera de la tierra hierba que da semilla, y árbol frutal, ¿quién ordenó que nacieran tantas hierbas espinosas o venenosas, que no sirven de alimento, y tantos árboles que no dan fruto? A estos se les debe responder de manera que no se revelen misterios a los indignos, ni se muestre en qué figura de futuros se dijeron así estas cosas. Por lo tanto, se debe decir que por el pecado del hombre la tierra fue maldecida para que produjera espinas: no para que ella sufriera castigos, que es insensible, sino para que el crimen del pecado humano siempre se pusiera ante los ojos de los hombres, para que se les advirtiera que se apartaran de los pecados y se convirtieran a los preceptos de Dios. Las hierbas venenosas fueron creadas para castigo o para la ejercitación de los mortales; y todo esto por el pecado, porque nos hicimos mortales después del pecado. Por los árboles infructuosos se reprende a los hombres, para que entiendan cuán vergonzoso es estar sin fruto de buenas obras en el campo de Dios, es decir, en la Iglesia; y teman que Dios los abandone, porque ellos también en sus campos abandonan los árboles infructuosos, y no les aplican ningún cultivo. Antes del pecado del hombre no está escrito que la tierra produjera otra cosa que hierba que da semilla y árboles frutales: pero después del pecado vemos que de la tierra nacen muchas cosas horribles e infructuosas, creo que por la causa que dijimos. Pues se dice al primer hombre después de que pecó: "Maldita será la tierra por tu causa; con dolor y gemido comerás de ella todos los días de tu vida: espinas y cardos te producirá, y comerás la hierba del campo: con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra, de la cual fuiste tomado; porque polvo eres, y al polvo volverás".

CAPÍTULO XIV.---Se resuelven las dificultades sobre los versículos 14-19.

20. Y dijo Dios: "Haya lumbreras en el firmamento del cielo, para que alumbren sobre la tierra, y separen entre el día y la noche, y sean para señales, y para tiempos, y para días, y para años; y sean para alumbrar en el firmamento del cielo, para que alumbren sobre la tierra". Y así fue. E hizo Dios dos lumbreras, la mayor y la menor: la lumbrera mayor para el inicio del día, y la lumbrera menor para el inicio de la noche, y las estrellas. Y las puso Dios en el firmamento del cielo, para que alumbren sobre la tierra, y presidan el día y la noche, y separen entre el día y la noche. Y vio Dios que era bueno. Y fue la tarde y fue la mañana, el cuarto día. Aquí primero preguntan cómo el cuarto día fueron hechas las lumbreras, es decir, el sol, la luna y las estrellas. Pues dicen: ¿Cómo pudieron ser los tres días anteriores sin el sol, cuando vemos que ahora el día se transcurre con el orto y ocaso del sol, y la noche nos llega con la ausencia del sol, cuando desde otra parte del mundo regresa al oriente? A estos respondemos que pudo suceder que los tres días anteriores se computaran cada uno por el mismo lapso de tiempo que tarda el sol en dar la vuelta desde que sale por el oriente hasta que regresa al oriente. Pues este lapso y longitud de tiempo podrían percibirlo los hombres incluso si habitaran en cuevas, donde no pudieran ver el sol salir y ponerse. Y así se percibe que pudo hacerse este lapso incluso sin el sol antes de que el sol fuera hecho, y que este lapso se computara en esos tres días por días individuales. Esto responderíamos, si no nos detuviera lo que allí se dice: "Y fue la tarde y fue la mañana", lo cual ahora vemos que no puede hacerse sin el curso del sol. Resta entonces que entendamos que en el mismo lapso de tiempo

esas distinciones de obras se llamaron así, tarde por la transacción de la obra consumada, y mañana por la iniciación de la obra futura; por similitud, claro está, de las obras humanas, porque a menudo comienzan por la mañana y terminan por la tarde. Pues tienen la costumbre las Escrituras divinas de transferir palabras de las cosas humanas a las cosas divinas.

21. Luego preguntan por qué se dijo de las lumbreras: "Y sean para señales y para tiempos". ¿Acaso, dicen, esos tres días pudieron ser sin tiempos, o no pertenecen a los espacios de tiempo? Pero "para señales y tiempos" se dijo para que por estas lumbreras se distingan los tiempos, y sean reconocidos por los hombres: porque si los tiempos transcurren y no se distinguen por ningún artículo, que se señalan por los cursos de las lumbreras, pueden ciertamente transcurrir y pasar los tiempos; pero no pueden ser entendidos y discernidos por los hombres. Así como las horas cuando el día está nublado, pasan ciertamente, y cumplen sus espacios; pero no pueden ser distinguidas y notadas por nosotros.

22. Lo que se dijo: "E hizo Dios dos lumbreras; la lumbrera mayor para el inicio del día, y la lumbrera menor para el inicio de la noche", se dijo en lugar de decirse, para el principado del día y para el principado de la noche. Pues el sol no solo inicia el día, sino que también lo lleva a cabo y lo termina: la luna, sin embargo, a veces aparece a nosotros a medianoche o al final de la noche; si entonces esas noches en que hace esto no comienzan con ella, ¿cómo fue hecha para el inicio de la noche? Pero si por inicio entiendes principio, y por principio principado, es evidente que el sol tiene el principado durante el día; y la luna durante la noche, porque aunque los demás astros aparecen entonces, ella sin embargo supera a todos con su resplandor, y por eso se dice con toda razón que es la princesa de ellos.

23. Lo que se ha dicho, "Y que separen entre el día y la noche", puede ser objeto de crítica, diciendo: ¿Cómo es que Dios ya había separado antes entre el día y la noche, si esto lo hacen los astros en el cuarto día? Así pues, aquí se ha dicho "Que separen entre el día y la noche", como si se dijera: Que dividan el día y la noche entre ellos de tal manera que el día se asigne al sol, y la noche a la luna y a las demás estrellas. Estas dos cosas ya estaban divididas, pero aún no entre los astros, de modo que ya fuera seguro el número de astros que aparecerían a los hombres durante el día y durante la noche.

CAPÍTULO XV.---El aire nebuloso designado con el nombre de agua, vers. 20, etc.

24. Y dijo Dios: Que las aguas produzcan reptiles de almas vivas, y aves que vuelen sobre la tierra bajo el firmamento del cielo. Y así fue hecho. Y Dios creó los grandes cetáceos, y toda alma de animales y reptiles que las aguas produjeron según su especie, y toda clase de aves aladas según su especie. Y vio Dios que eran buenas; y las bendijo Dios diciendo: Creced y multiplicaos, y llenad las aguas del mar, y que las aves se multipliquen sobre la tierra. Y fue la tarde y fue la mañana, el quinto día. Aquí suelen criticar, preguntando o más bien calumniando, por qué se ha escrito que los animales no solo los que viven en las aguas, sino también los que vuelan en el aire, y todas las aves aladas nacieron de las aguas. Pero sepan todos aquellos a quienes esto les inquieta, que este aire nebuloso y húmedo, en el que vuelan las aves, suele ser considerado por los hombres más doctos que investigan diligentemente estas cosas, como parte de las aguas. Pues se condensa y se hace denso por las exhalaciones y como vapores del mar y de la tierra, y de esa humedad se engrosa de alguna manera para poder sostener el vuelo de las aves. Por eso, en las noches serenas también rocía, cuyas gotas de rocío se encuentran por la mañana en las hierbas. Pues se dice que el monte de Macedonia, llamado Olimpo, es de tal altura que en su cima no se siente el viento, ni se reúnen las nubes, porque supera en altura todo este aire húmedo en el que vuelan las aves, y por eso se asegura

que allí no pueden volar las aves. Esto se dice que fue revelado por aquellos que solían, no sé por qué sacrificios, ascender cada año a la cima del mencionado monte, y escribir algunas notas en el polvo, que encontraban intactas al año siguiente: lo cual no podría suceder si ese lugar sufriera viento o lluvia. Además, debido a la delgadez del aire que allí hay, no podían resistir sin aplicar esponjas húmedas a sus narices, de donde tomaban un aire más denso y acostumbrado: estos, por tanto, indicaron que tampoco habían visto nunca un ave en ese lugar. No es, pues, sin razón que la Escritura fidelísima mencione que no solo los peces y los demás animales que están en las aguas, sino también las aves nacieron de las aguas; porque pueden volar a través de este aire que surge de las humedades del mar y de la tierra.

#### CAPÍTULO XVI.---Por qué se crearon los animales perniciosos.

25. Y dijo Dios: Que la tierra produzca un alma viva según su especie, cuadrúpedos y reptiles y bestias de la tierra. Y así fue hecho. Y Dios hizo las bestias de la tierra según su especie, y el ganado según su especie, y todos los reptiles de la tierra según su especie. Y vio Dios que eran buenos. También suelen los maniqueos plantear esta cuestión diciendo: ¿Qué necesidad había de que Dios hiciera tantos animales, ya sea en las aguas o en la tierra, que no son necesarios para los hombres? Muchos también son perniciosos y temibles. Pero cuando dicen esto, no entienden cómo todas las cosas son hermosas para su creador y artífice, quien las utiliza para el gobierno del universo, sobre el cual domina con la ley suprema. Pues si un inexperto entra en el taller de un artesano, ve allí muchas herramientas cuyas funciones ignora, y si es muy insensato, las considera superfluas. Ahora bien, si cae imprudentemente en el horno, o se hiere a sí mismo con alguna herramienta afilada al manejarla mal, también considera que hay muchas cosas perniciosas y nocivas allí. Sin embargo, el artífice, que conoce su uso, se ríe de su insensatez, y sin preocuparse por sus palabras necias, sigue trabajando diligentemente en su taller. Y sin embargo, los hombres son tan necios que no se atreven a criticar lo que ignoran en el taller de un artesano humano, sino que cuando lo ven, creen que es necesario y que está hecho para algún uso; pero en este mundo, cuyo creador y administrador se proclama Dios, se atreven a criticar muchas cosas cuyas causas no ven, y en las obras e instrumentos del artífice omnipotente quieren parecer saber lo que no saben.

26. Yo, en verdad, confieso que no sé por qué fueron creados los ratones y las ranas, o las moscas o los gusanos: sin embargo, veo que todas las cosas en su género son hermosas, aunque debido a nuestros pecados muchas nos parecen adversas. Pues no considero el cuerpo y los miembros de ningún animal, donde no encuentre medidas y números y orden que pertenezcan a la unidad de la concordia. Todo lo cual no entiendo de dónde viene, sino de la suma medida y número y orden, que existen en la misma sublimidad inmutable y eterna de Dios. Si estos locuaces e ineptos pensaran en esto, no nos causarían tedio, sino que ellos mismos, considerando todas las bellezas, tanto las supremas como las ínfimas, alabarían a Dios el artífice en todas partes; y puesto que en ninguna parte se ofende la razón, dondequiera que el sentido carnal se ofenda, lo atribuirían no al defecto de las cosas mismas, sino a los méritos de nuestra mortalidad. Y ciertamente todos los animales o nos son útiles, o perniciosos, o superfluos. Contra los útiles no tienen nada que decir. De los perniciosos, o somos castigados, o ejercitados, o aterrorizados, para que no amemos esta vida sujeta a muchos peligros y trabajos, sino otra mejor, donde hay suma seguridad, y la deseemos, y la adquiramos para nosotros por los méritos de la piedad. De los superfluos, ¿qué nos importa preguntar? Si te desagrade que no sean útiles, agradézcate que no sean perjudiciales; porque aunque no sean necesarios para nuestra casa, sin embargo, completan la integridad de este universo, que es mucho mayor que nuestra casa y mucho mejor. Pues Dios administra esto mucho mejor que cada uno de nosotros su casa. Usa, pues, lo útil, evita lo pernicioso, deja lo superfluo. Sin embargo, en todas las cosas, cuando ves medidas y números y orden, busca al

artífice. Y no encontrarás a otro, sino donde hay suma medida, y sumo número, y sumo orden, es decir, Dios, de quien se ha dicho con toda verdad que ha dispuesto todas las cosas en medida, número y peso (Sab. XI, 21). Así tal vez obtendrás un fruto más abundante, cuando alabas a Dios en la humildad de la hormiga, que cuando cruzas un río en la altura de algún animal.

CAPÍTULO XVII.---Cómo se entiende que el hombre fue hecho a imagen de Dios, según vers. 26.

27. Y dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; y tenga potestad sobre los peces del mar y las aves del cielo, y sobre todo el ganado y las fieras, y sobre toda la tierra, y sobre todos los reptiles que se arrastran sobre la tierra, y lo demás hasta la tarde y la mañana en que se completa el sexto día. Esta cuestión suelen los maniqueos agitarla locuazmente, y burlarse de nosotros porque creemos que el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios. Pues consideran la figura de nuestro cuerpo, y preguntan infeliz si Dios tiene nariz y dientes y barba, y también miembros internos, y otras cosas que en nosotros son necesarias. Pero en Dios es ridículo, más aún impío, creer tales cosas, y por eso niegan que el hombre haya sido hecho a imagen y semejanza de Dios. A los cuales respondemos que estos miembros en las Escrituras se nombran a menudo cuando Dios se insinúa a los oyentes pequeños; y esto no solo en los libros del Antiguo Testamento, sino también en el Nuevo. Pues se mencionan los ojos de Dios, y los oídos, y los labios, y los pies, y se evangeliza que el Hijo se sienta a la derecha de Dios Padre. Y el mismo Señor dice: No juréis por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es el escabel de sus pies (Mat. V, 34, 35). También él mismo dice que expulsaba demonios con el dedo de Dios (Luc. XI, 20). Pero todos los que entienden espiritualmente las Escrituras, han aprendido a no tomar por estos nombres miembros corporales, sino potencias espirituales, como casco, y escudo, y espada (Efes. VI, 16, 17), y muchas otras cosas. Por tanto, primero hay que decir a estos herejes, con qué impudencia calumnian tales palabras del Antiguo Testamento, cuando también en el Nuevo ven que están puestas, o tal vez no las ven, sino que cuando discuten se ciegan.

28. Pero sepan que en la disciplina católica los fieles espirituales no creen que Dios esté definido por forma corporal; y que el hombre se dice hecho a imagen de Dios, según el hombre interior, donde está la razón y el intelecto: de donde también tiene potestad sobre los peces del mar, y las aves del cielo, y todo el ganado y las fieras, y toda la tierra, y todos los reptiles que se arrastran sobre la tierra. Pues cuando dijo: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; añadió inmediatamente: Y tenga potestad sobre los peces del mar y las aves del cielo, y lo demás: para que entendiéramos que no se dice que el hombre fue hecho a imagen de Dios por el cuerpo, sino por esa potestad con la que supera a todos los animales. Pues todos los demás animales están sujetos al hombre, no por el cuerpo, sino por el intelecto, que nosotros tenemos y ellos no tienen: aunque también nuestro cuerpo está fabricado de tal manera que indica que somos mejores que las bestias, y por eso semejantes a Dios. Pues los cuerpos de todos los animales, ya sean los que viven en las aguas, ya sean los que viven en la tierra, ya sean los que vuelan en el aire, están inclinados hacia la tierra, y no están erguidos como el cuerpo del hombre. Con lo cual se significa que también nuestro ánimo debe estar erguido hacia sus cosas superiores, es decir, hacia las cosas espirituales eternas. Así se entiende que por el ánimo principalmente, atestiguando también la forma erguida del cuerpo, el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios.

CAPÍTULO XVIII.---El dominio del hombre sobre las bestias.

29. A veces también suelen decir: ¿Cómo recibió el hombre potestad sobre los peces del mar y las aves del cielo y todo el ganado y las fieras, cuando vemos que muchos hombres son muertos por muchas fieras, y que muchos volátiles nos dañan, los cuales queremos evitar o capturar y muchas veces no podemos? ¿Cómo, pues, hemos recibido potestad sobre ellos? Aquí primero hay que decirles que se equivocan mucho los que consideran al hombre después del pecado, cuando fue condenado a esta vida mortal, y perdió aquella perfección con la que fue hecho a imagen de Dios. Pero si su condenación vale tanto, que manda a tantos animales: pues aunque pueda ser muerto por muchas fieras debido a la fragilidad del cuerpo, sin embargo, no puede ser domado por ninguna, mientras él doma a tantas y casi a todas: si, pues, esta condenación del hombre vale tanto, ¿qué se debe pensar de su reino, que se le promete renovado y liberado por la voz divina?

CAPÍTULO XIX.---Cómo debe entenderse espiritualmente el vers. 28.

30. Pero lo que está escrito, "Varón y hembra los creó; y los bendijo Dios diciendo: Creced y multiplicaos, y llenad la tierra"; se pregunta muy correctamente cómo debe entenderse la unión del varón y la hembra antes del pecado, y esta bendición en la que se dijo: "Creced y multiplicaos, y llenad la tierra": si debe entenderse carnalmente o espiritualmente. Pues nos es lícito entenderla también espiritualmente, para que se crea que se convirtió en fecundidad carnal después del pecado. Pues antes había una unión casta del varón y la hembra; de este para gobernar, de aquella para obedecer: y una prole espiritual de gozos inteligibles e inmortales llenando la tierra, es decir, vivificando el cuerpo, y dominándolo; es decir, teniéndolo tan sujeto, que no sufriera de él ninguna adversidad, ninguna molestia. Lo cual debe creerse así porque aún no eran hijos de este siglo antes de pecar. Pues los hijos de este siglo engendran y son engendrados, como dice el Señor, cuando en comparación con la vida futura que se nos promete, demuestra que esta generación carnal debe ser despreciada (Luc. XX, 34-36).

CAPÍTULO XX.---Dominar a las bestias, por alegoría.

31. Y lo que se les dijo: "Tened potestad sobre los peces del mar, y las aves del cielo, y todos los reptiles que se arrastran sobre la tierra": aunque se entienda en el sentido en que es manifiesto que el hombre domina a todos estos animales por la razón; sin embargo, se entiende correctamente también espiritualmente, para que todas las afecciones y movimientos del alma, que tenemos semejantes a estos animales, los tengamos sujetos y los dominemos por la templanza y la modestia. Pues cuando estos movimientos no se gobiernan, estallan y se dirigen a las costumbres más viles, y nos arrastran por diversas y perniciosas delectaciones, y nos hacen semejantes a todo género de bestias. Pero cuando se gobiernan y se sujetan, se amansan por completo y viven en concordia con nosotros. Pues los movimientos de nuestra alma no nos son ajenos. También se alimentan con nosotros del conocimiento de las razones y de las costumbres óptimas, y de la vida eterna, como de hierbas seminales y árboles fructíferos y hierbas verdes. Y esta es la vida bienaventurada y tranquila del hombre, cuando todos sus movimientos consienten con la razón y la verdad; y se llaman gozos, y amores santos, y castos y buenos. Pero si no consienten, sin embargo, cuando se manejan negligentemente, desgarran y disipan el alma, y hacen la vida miserable; y se llaman perturbaciones, y lujurias, y malas concupiscencias. De las cuales ya se nos ordena que las crucifiquemos en nosotros con cuanto esfuerzo podamos, hasta que la muerte sea absorbida en victoria (I Cor., XV. 54). Pues dice el Apóstol: "Pero los que son de Jesucristo han crucificado su carne con las perturbaciones y concupiscencias" (Gál. V, 24). Pues incluso por esto cualquiera debe ser advertido de que estas cosas no deben entenderse carnalmente, porque en el Génesis se dan hierbas verdes y árboles fructíferos a todo género de bestias, y a

todas las aves y a todos los reptiles como alimento, cuando vemos que los leones, y los halcones, y los milanos, y las águilas no se alimentan sino de carne, y de la matanza de otros animales. Lo cual también creo de algunos reptiles que están en lugares arenosos y desérticos, donde no nace ni árbol ni hierba.

CAPÍTULO XXI.---Por qué se dice en el vers. 31, "Muy buenos".

32. Ciertamente no debe pasarse por alto negligentemente lo que se ha dicho: "Y vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno". Pues cuando trataba de cada cosa en particular, decía solamente: "Vio Dios que era bueno"; pero cuando se hablaba de todo, no bastó con decir "buenos", sino que añadió "muy buenos". Pues si las obras individuales de Dios, cuando son consideradas por los prudentes, se encuentran tener medidas y números y órdenes loables en su género respectivo; cuánto más todas juntas, es decir, el mismo universo, que se llena con estas cosas individuales reunidas en uno. Pues toda belleza que consta de partes, es mucho más loable en el todo que en la parte: como en el cuerpo humano, si alabamos solo los ojos, si solo la nariz, si solo las mejillas, o solo la cabeza, o solo las manos, o solo los pies, y las demás cosas si las alabamos como hermosas individualmente y solas; cuánto más todo el cuerpo, al cual todos los miembros, que son hermosos individualmente, le confieren su belleza: de modo que la mano hermosa, que también sola era alabada en el cuerpo, si se separa del cuerpo, también pierde su gracia, y las demás cosas sin ella son deshonestas. Tal es la fuerza y el poder de la integridad y la unidad, que incluso las muchas cosas buenas solo agradan cuando convergen y concurren en algo universal. Pues el universo ha tomado su nombre de la unidad. Si los maniqueos consideraran esto, alabarían al autor y creador del universo, Dios; y lo que les ofende en parte debido a la condición de nuestra mortalidad, lo reducirían a la belleza del universo, y verían cómo Dios ha hecho todas las cosas no solo buenas, sino también muy buenas. Pues incluso en algún discurso adornado y compuesto, si consideramos las sílabas individuales, o incluso las letras individuales, que cuando suenan pasan inmediatamente, no encontramos en ellas qué deleite y qué sea digno de alabanza. Pues todo ese discurso no es hermoso por las sílabas o letras individuales, sino por todas.

CAPÍTULO XXII.---El descanso del séptimo día por alegoría: cap. 2, vers. 1-3.

33. Ahora veamos también aquello que suelen ridiculizar con mayor impudencia que ignorancia, lo que está escrito, que Dios, habiendo completado el cielo y la tierra y todas las cosas que hizo, descansó el séptimo día de todas sus obras, y bendijo el séptimo día, y lo santificó, porque descansó de sus obras. Pues dicen: ¿Qué necesidad había de que Dios descansara? ¿Acaso estaba fatigado y cansado por las obras de seis días? Añaden también el testimonio del Señor, donde dice: "Mi Padre hasta ahora trabaja" (Juan V, 17); y con esto engañan a muchos inexpertos, a quienes intentan persuadir de que el Nuevo Testamento se opone al Antiguo Testamento. Pero así como aquellos a quienes el Señor dice: "Mi Padre hasta ahora trabaja", pensaban carnalmente en el descanso de Dios, y observando carnalmente el sábado no veían qué significaba la figura de ese día; así también estos, aunque con diferente voluntad, igualmente no entienden el sacramento del sábado. Pues aquellos observando carnalmente, y estos execrando carnalmente, no conocen el sábado. Pase, pues, cada uno a Cristo para que se quite el velo, como dice el Apóstol (II Cor. III, 16). Pues el velo se quita cuando, quitado el encubrimiento de la semejanza y la alegoría, se desnuda la verdad para que pueda ser vista.

34. En primer lugar, la regla de esta forma de hablar debe observarse y aprenderse en muchos lugares de las Sagradas Escrituras. ¿Qué significa, por ejemplo, que se diga que Dios

descansó de todas sus obras, que hizo muy buenas, sino nuestro descanso, que nos dará de todas nuestras obras, si también nosotros hacemos buenas obras? Según esta figura de expresión, el Apóstol dice: "No sabemos qué pedir como conviene, pero el mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables" (Rom. VIII, 26). Pues el Espíritu Santo no gime, como si necesitara o sufriera angustias, ya que intercede por los santos según Dios; pero como Él nos mueve a orar cuando gemimos, lo que hacemos movidos por Él, se dice que Él lo hace. Así también se dice: "El Señor vuestro Dios os prueba para saber si le amáis" (Deut. XIII, 3). No para que Él lo sepa, a quien nada se le oculta, sino para hacernos saber cuánto hemos progresado en su amor, permite que seamos probados. Según esta forma de hablar, nuestro Señor también dice que no sabe el día y la hora del fin del mundo (Mat. XXIV, 36). ¿Qué puede haber que Él no sepa? Pero como ocultaba esto útilmente a los discípulos, dijo que no lo sabía, porque al ocultarlo, los hacía ignorantes. Según esta figura, también dijo que solo el Padre sabe el día, porque haría que el mismo Hijo lo supiera. Muchas cuestiones en las Sagradas Escrituras se resuelven sin dificultad para aquellos que ya conocen este tipo de expresión. Nuestra costumbre también abunda en tales expresiones, cuando decimos día alegre, porque nos hace alegres; frío perezoso, porque nos hace perezosos; pozo ciego, porque no lo vemos; y lengua pulida, porque produce palabras pulidas: finalmente, también decimos tiempo libre de todas las molestias, en el que estamos libres de todas las molestias. Pero también se dice que Dios descansó de todas sus obras, que hizo muy buenas, porque en Él descansaremos de todas nuestras obras, si hacemos buenas obras: porque incluso nuestras buenas obras deben atribuirse a Él, quien llama, quien manda, quien muestra el camino de la verdad, quien nos invita a querer, y quien proporciona las fuerzas para cumplir lo que manda.

#### CAPÍTULO XXIII.---Los siete días y las siete edades del mundo.

33. 1ª EDAD. Pero creo que debe considerarse con más atención por qué se atribuye este descanso al séptimo día. Veo que a lo largo del texto de las Sagradas Escrituras, ciertas seis edades laboriosas están distinguidas por límites casi definidos, de modo que en la séptima se espera el descanso; y esas mismas seis edades tienen similitud con esos seis días en los que se dice que Dios hizo lo que hizo. Los comienzos del género humano, en los que comenzó a disfrutar de esta luz, se comparan bien con el primer día en que Dios hizo la luz. Esta edad debe considerarse como la infancia del universo mismo, que debemos concebir como un solo hombre en proporción a su magnitud; porque cada hombre, cuando nace y sale a la luz, vive su primera edad, la infancia. Esta se extiende desde Adán hasta Noé en diez generaciones. Casi al anochecer de este día ocurre el diluvio; porque también nuestra infancia se borra como por un diluvio de olvido.

36. 2ª EDAD. Y comienza la mañana desde los tiempos de Noé, la segunda edad como la niñez, y esta edad se extiende hasta Abraham en otras diez generaciones. Y se compara bien con el segundo día en que se hizo el firmamento entre las aguas; porque el arca en la que estaba Noé con los suyos era un firmamento entre las aguas inferiores en las que flotaba y las superiores que la cubrían. Esta edad no se borra con un diluvio, porque nuestra niñez tampoco se borra de la memoria por el olvido. Recordamos haber sido niños, pero no recordamos haber sido infantes. Su anochecer es la confusión de lenguas en aquellos que construían la torre, y la mañana comienza con Abraham. Pero tampoco esta segunda edad generó al pueblo de Dios, porque la niñez no es apta para engendrar.

37. 3ª EDAD. La mañana, pues, comienza con Abraham, y sigue la tercera edad similar a la adolescencia. Y se compara bien con el tercer día, cuando la tierra fue separada de las aguas. De todas las naciones, cuyo error inestable y doctrinas vanas de ídolos, como todos los

vientos móviles, se significan bien con el nombre del mar; de esta vanidad de las naciones y de los oleajes de este mundo, el pueblo de Dios fue separado por Abraham, como la tierra cuando apareció seca, es decir, sedienta de la lluvia celestial de los mandamientos divinos: este pueblo, al adorar a un solo Dios, como tierra regada, para que pudiera dar frutos útiles, recibió las Sagradas Escrituras y las Profecías. Esta edad ya pudo engendrar un pueblo para Dios, porque la tercera edad, es decir, la adolescencia, ya puede tener hijos. Y por eso se le dijo a Abraham: "Te he puesto por padre de muchas naciones, y te multiplicaré en gran manera, y te pondré en naciones, y de ti saldrán reyes. Y estableceré mi pacto entre mí y ti, y entre tu descendencia después de ti, en sus generaciones, por pacto eterno; para ser tu Dios, y de tu descendencia después de ti: y te daré a ti y a tu descendencia después de ti la tierra en la que habitas, toda la tierra de Canaán en posesión eterna, y seré su Dios" (Gen. XVII, 5-8). Esta edad se extiende desde Abraham hasta David en catorce generaciones. Su anochecer está en los pecados del pueblo, por los cuales pasaban por alto los mandamientos divinos, hasta la maldad del malvado rey Saúl.

38. 4ª EDAD. Y de ahí comienza la mañana con el reino de David. Esta edad es similar a la juventud. Y en verdad, entre todas las edades, la juventud reina, y es el firme ornamento de todas las edades: y por eso se compara bien con el cuarto día, en el que se hicieron las estrellas en el firmamento del cielo. ¿Qué significa más evidentemente el esplendor del reino que la excelencia del sol? Y el pueblo obediente al reino lo muestra el esplendor de la luna, como la misma sinagoga, y las estrellas sus príncipes, y todo como en el firmamento fundado en la estabilidad del reino. Su anochecer es en los pecados de los reyes, por los cuales esa nación mereció ser llevada cautiva y servir.

39. 5ª EDAD. Y comienza la mañana con la transmigración a Babilonia, cuando en ese cautiverio el pueblo fue colocado suavemente en ocio extranjero. Y esta edad se extiende hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo, es decir, la quinta edad, la declinación de la juventud hacia la vejez, aún no vejez, pero ya no juventud: que es la edad del anciano, a quien los griegos llaman πρεσβύτην. Pues el anciano en griego no se llama πρεσβύτης, sino γέρων. Y en verdad, así esta edad se inclinó y se quebró desde la fortaleza del reino en el pueblo judío, como el hombre desde la juventud se convierte en anciano. Y se compara bien con el quinto día, en el que se hicieron en las aguas los animales y las aves del cielo, después de que esos hombres comenzaron a vivir entre las naciones, como en el mar, y a tener una sede incierta e inestable, como las aves voladoras. Pero ciertamente había allí también grandes cetáceos, es decir, aquellos grandes hombres que pudieron más dominar los oleajes del mundo que servir en ese cautiverio. No fueron pervertidos por ningún terror hacia el culto de los ídolos. Aquí ciertamente se debe notar que Dios bendijo a esos animales, diciendo: "Creced y multiplicaos, y llenad las aguas del mar, y multiplíquense las aves sobre la tierra": porque en verdad la nación judía, desde que fue dispersada entre las naciones, se ha multiplicado mucho. El anochecer de este día, es decir, de esta edad, es la multiplicación de los pecados en el pueblo judío, porque fueron tan cegados que ni siquiera pudieron reconocer al Señor Jesucristo.

40. 6ª EDAD. La mañana, sin embargo, comienza con la predicación del Evangelio por nuestro Señor Jesucristo, y termina el quinto día: comienza el sexto, en el que aparece la vejez del hombre viejo. En esta edad, ese reino carnal fue muy desgastado, cuando también el templo fue derribado, y cesaron los mismos sacrificios; y ahora esa nación, en cuanto a las fuerzas de su reino se refiere, lleva una vida casi extrema. En esta edad, sin embargo, como en la vejez del hombre viejo, nace el hombre nuevo, que ya vive espiritualmente. En el sexto día se dijo: "Produzca la tierra alma viviente". Pues en el quinto día se dijo: "Produzcan las aguas", no alma viviente, sino "reptiles de almas vivas"; porque los cuerpos son reptiles, y

aún el pueblo servía a la Ley con circuncisión corporal y sacrificios, como en el mar de las naciones. Esta alma viviente, sin embargo, se dice que ya comienza a desear la vida eterna. Los serpientes, pues, y los ganados que la tierra produce, significan a las naciones que ya creerán firmemente en el Evangelio. De las cuales se dice en aquel vaso que se mostró a Pedro en los Hechos de los Apóstoles: "Mata y come". Y cuando él decía que eran inmundas, se le respondió: "Lo que Dios ha limpiado, no lo llames tú inmundo" (Hech. X, 13-15). Entonces se hace el hombre a imagen y semejanza de Dios, como en esta sexta edad nace en la carne nuestro Señor, de quien se dijo por el profeta: "Y es hombre, y ¿quién lo conocerá?" Y así como en aquel día el varón y la hembra, así también en esta edad Cristo y la Iglesia. Y se prefiere al hombre en aquel día sobre los ganados y las serpientes y las aves del cielo, como en esta edad Cristo gobierna las almas que le obedecen, que han venido a su Iglesia, en parte de las naciones, en parte del pueblo judío; para que por Él sean domados y mansos los hombres, ya sea entregados a la concupiscencia carnal como los ganados, o oscurecidos por la curiosidad tenebrosa como las serpientes, o elevados por la soberbia como las aves. Y así como en aquel día el hombre y los animales que están con él se alimentan de hierbas con semilla y árboles frutales y hierbas verdes; así en esta edad el hombre espiritual, cualquier buen ministro de Cristo, y quien lo imita bien cuanto puede, se alimenta con el mismo pueblo espiritualmente de los alimentos de las Sagradas Escrituras y la ley divina: en parte para concebir la fecundidad de razones y discursos, como hierbas con semilla; en parte para la utilidad de las costumbres de la conversación humana, como árboles frutales; en parte para el vigor de la fe, la esperanza y la caridad en la vida eterna, como hierbas verdes, es decir, vigorosas, que no pueden secarse por ningún calor de tribulaciones. Pero el espiritual se alimenta de estos alimentos de tal manera que entiende mucho; el carnal, es decir, el niño en Cristo, como ganado de Dios, cree mucho que aún no puede entender: sin embargo, todos tienen los mismos alimentos.

41. 7ª EDAD. El anochecer de esta edad, que ojalá no nos encuentre, si es que aún no ha comenzado, es aquel del que el Señor dice: "¿Crees que cuando venga el Hijo del hombre, encontrará fe en la tierra?" (Luc. XVIII, 8). Después de este anochecer, habrá una mañana, cuando el mismo Señor vendrá en gloria: entonces descansarán con Cristo de todas sus obras aquellos a quienes se les ha dicho: "Sed perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos" (Mat. V, 48). Tales hacen obras muy buenas. Después de tales obras, se debe esperar el descanso en el séptimo día, que no tiene anochecer. De ninguna manera se puede expresar con palabras cómo Dios hizo y creó el cielo y la tierra y toda criatura que creó: pero esta exposición a través del orden de los días indica así como una historia de cosas hechas, para observar principalmente la predicación de las cosas futuras.

CAPÍTULO XXIV.---Por qué las edades del mundo son desiguales.

42. Si a alguien le preocupa que en estas edades del mundo observemos que las dos primeras edades se explican en diez generaciones, pero las tres siguientes se componen cada una de catorce generaciones, y esta sexta no está definida por ningún número de generaciones (Mat. I, 1); es fácil ver que también en cada hombre las dos primeras edades, infancia y niñez, se adhieren a los sentidos del cuerpo. Estos sentidos del cuerpo son cinco: vista, oído, olfato, gusto y tacto: el número cinco duplicado, ya que el sexo humano es doble, de donde existen tales generaciones, masculino y femenino; el número cinco, como dije, duplicado hace el número diez. Ahora bien, desde la adolescencia en adelante, donde la razón ya comienza a prevalecer en el hombre, se añade a los cinco sentidos el conocimiento y la acción, por los cuales se rige y administra la vida, de modo que ya comienza a ser el número siete: que de manera similar duplicado, debido al doble sexo, se destaca y aparece en las catorce generaciones que tienen las tres edades siguientes, como del adolescente, y del joven, y del

anciano. La edad de la vejez, sin embargo, como en nosotros no se define por ningún tiempo establecido de años, sino que después de esas cinco edades, cuanto más viva uno, se atribuye a la vejez: así también en esta edad del mundo no aparecen generaciones, para que también el último día esté oculto, que el Señor demostró que debe ocultarse útilmente (Id. XXIV, 36).

CAPÍTULO XXV.---Otra alegoría de los siete días.

43. También cada uno de nosotros tiene en las buenas obras y la vida recta como estos seis días distintos, después de los cuales debe esperar el descanso. El primer día, la luz de la fe, cuando primero cree en las cosas visibles, por la cual fe el Señor se dignó aparecer visiblemente. El segundo día, como el firmamento de la disciplina, que discierne entre lo carnal y lo espiritual, como entre las aguas inferiores y superiores. El tercer día, cuando separa su mente para dar frutos de buenas obras, de la mancha y los oleajes de las tentaciones carnales, como la tierra seca de las perturbaciones del mar, para que ya pueda decir: "Con la mente sirvo a la ley de Dios, pero con la carne a la ley del pecado" (Rom. VII, 25). El cuarto día, cuando ya en ese firmamento de la disciplina opera y distingue inteligencias espirituales, ve cuál es la verdad inmutable, que brilla como el sol en el alma; y cómo el alma participa de esa misma verdad, y proporciona orden y belleza al cuerpo, como la luna iluminando la noche; y cómo todas las estrellas, es decir, las inteligencias espirituales, brillan y resplandecen en la oscuridad de esta vida como en la noche. El conocimiento de estas cosas, fortalecido, comienza el quinto día a operar en las acciones del mundo más turbulento, como en las aguas del mar, para la utilidad de la sociedad fraterna; y de las acciones corporales, que pertenecen a ese mar, es decir, a esta vida, producir reptiles de almas vivas, es decir, obras que beneficien a las almas vivas; y grandes cetáceos, es decir, acciones fortísimas, con las que se rompen y desprecian los oleajes del mundo, y aves del cielo, es decir, voces que proclaman cosas celestiales. El sexto día, sin embargo, produce de la tierra alma viviente, es decir, de esa misma estabilidad de su mente donde tiene frutos espirituales, es decir, buenas pensamientos, gobierna todos los movimientos de su alma, para que haya en él un alma viva, es decir, sirviendo a la razón y la justicia, no a la temeridad y el pecado. Así también se hace el hombre a imagen y semejanza de Dios, varón y hembra, es decir, intelecto y acción, cuya unión espiritual llena la tierra, es decir, somete la carne, y lo demás que ya se ha dicho sobre la perfección del hombre. En estos días, sin embargo, el anochecer está en la misma perfección de cada una de las obras, y la mañana en el comienzo de las siguientes. Después de estas obras, como de seis días, muy buenas, el hombre debe esperar el descanso perpetuo, y entender qué significa: "Dios descansó el séptimo día de todas sus obras": porque Él también obra estas cosas buenas en nosotros, quien manda que obremos; y se dice correctamente que Él descansa, porque después de todas estas obras, Él mismo nos proporcionará el descanso. Pues así como se dice correctamente que el padre de familia construye una casa, aunque no lo haga con su propio trabajo, sino con el de aquellos a quienes manda sirviendo; así se dice correctamente que descansa de las obras, cuando después de la perfección de la obra, permite a aquellos a quienes mandaba que descansen, y disfruten de un ocio placentero.

LIBRO SEGUNDO. Prosigue la exposición del Génesis desde este versículo 4, capítulo 2: "Este es el libro de la creación del cielo y la tierra", etc., hasta aquel en el que Adán y Eva son expulsados del Paraíso. Al final, compara los dogmas de la Iglesia con los errores de los maniqueos.

CAPÍTULO PRIMERO.---Recitación del segundo y tercer capítulo del Génesis.

1. Después de la enumeración y exposición de los siete días, se interpuso una especie de conclusión, y se llamó al libro la creación del cielo y la tierra, aunque lo dicho anteriormente es una pequeña parte del libro: pero mereció ser llamado así porque la imagen de todo el siglo, desde el principio hasta el fin, está figurada en estos siete días. Luego comienza a narrarse con más detalle sobre el hombre. Toda esta narración no se explica abiertamente, sino de manera figurada, para ejercitar las mentes de quienes buscan la verdad y apartarlas de los negocios carnales hacia el negocio espiritual. Así se contiene: Este es el libro de la creación del cielo y la tierra, cuando fue hecho el día en que Dios hizo el cielo y la tierra, y toda planta del campo, antes de que estuvieran sobre la tierra, y toda hierba del campo, antes de que brotara. Porque aún no había llovido Dios sobre la tierra, ni había hombre que trabajara en ella. Pero un manantial subía de la tierra y regaba toda la superficie de la tierra. Y entonces Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su rostro aliento de vida, y el hombre se convirtió en un ser viviente. Y entonces Dios plantó un jardín en Edén, al oriente, y puso allí al hombre que había formado. Y Dios hizo brotar de la tierra todo árbol hermoso a la vista y bueno para comer: y plantó el árbol de la vida en medio del jardín, y el árbol del conocimiento del bien y del mal. Un río salía de Edén para regar el jardín: y de allí se dividía en cuatro partes. El nombre de uno es Pisón; este es el que rodea toda la tierra de Evilat, donde hay oro, y el oro de esa tierra es bueno; allí hay carbunclo y piedra de ónice. Y el nombre del segundo río es Guijón; este rodea toda la tierra de Etiopía. Y el tercer río es el Tigris; este es el que va hacia Asiria. Y el cuarto río se llama Éufrates. Y el Señor Dios tomó al hombre que había hecho, y lo puso en el jardín para que lo trabajara y lo guardara. Y el Señor Dios mandó a Adán, diciendo: De todo árbol que hay en el jardín comerás; pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás de él: porque el día que comas de él, morirás. Y el Señor Dios dijo: No es bueno que el hombre esté solo, le haré una ayuda semejante a él. Y de todo lo que Dios había formado de todo tipo de ganado, y de todo tipo de bestias del campo, y de todo tipo de aves que vuelan bajo el cielo, los llevó a Adán para ver cómo los llamaría: y lo que Adán llamó a cada ser viviente, ese es su nombre. Y después de esto, Adán dio nombre a todo el ganado, y a todas las aves del cielo, y a todas las bestias del campo; y según lo que Adán los llamó, ese es su nombre hasta el día de hoy. Pero para Adán no se encontró una ayuda semejante a él. Y Dios hizo caer un sueño profundo sobre Adán, y él se durmió: y Dios tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar, y formó Dios la costilla que había tomado de Adán en una mujer. Y la llevó a Adán para ver cómo la llamaría. Y Adán dijo: Esto es ahora hueso de mis huesos, y carne de mi carne: esta será llamada mujer, porque del hombre fue tomada; y esta será para mí una ayuda. Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su esposa; y serán los dos una sola carne. Y ambos estaban desnudos, Adán y su mujer, y no se avergonzaban.

2. Pero la serpiente era más astuta que todas las bestias que estaban sobre la tierra, que había hecho el Señor Dios. Y la serpiente dijo a la mujer: ¿Por qué dijo Dios que no comáis de todo árbol que hay en el jardín? Y la mujer dijo a la serpiente: De todo árbol que hay en el jardín comemos; pero del fruto del árbol que está en medio del jardín, dijo Dios que no comamos, ni lo toquemos, para que no muramos. Y la serpiente dijo a la mujer: No moriréis; porque Dios sabe que el día que comáis de él, se abrirán vuestros ojos, y seréis como dioses, conociendo el bien y el mal. Y la mujer vio que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos para ver y conocer; y tomó del fruto de ese árbol, y comió, y dio a su marido; y Adán tomó, y comió: y se abrieron sus ojos, y entonces supieron que estaban desnudos; y tomaron hojas de higuera, y se hicieron cinturones. Y cuando oyeron la voz del Señor paseando en el jardín al atardecer, se escondieron Adán y su mujer de la presencia del Señor Dios, detrás del árbol que estaba en medio del jardín. Y el Señor Dios llamó a Adán, y le dijo: Adán, ¿dónde estás? Y él dijo: Oí tu voz, Señor, en el jardín, y tuve miedo, y me escondí, porque estoy

desnudo. Y el Señor Dios dijo: ¿Quién te ha dicho que estás desnudo, sino porque del árbol del que te dije que no comieras, has comido? Y Adán dijo: La mujer que me diste, me dio del árbol, y comí. Y Dios dijo a la mujer: ¿Qué has hecho? Y la mujer dijo: La serpiente me engañó, y comí. Y el Señor Dios dijo a la serpiente: Porque has hecho esto, maldita serás entre todo el ganado, y entre todas las bestias del campo. Sobre tu pecho y vientre te arrastrarás, y polvo comerás todos los días de tu vida. Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu descendencia y su descendencia. Ella te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el talón. Y a la mujer dijo: Multiplicaré en gran manera tus dolores y tus gemidos, y con dolor darás a luz a tus hijos; y tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti. Y entonces Dios dijo a Adán: Porque escuchaste la voz de tu mujer, y comiste del árbol del que te mandé que no comieras, maldita será la tierra por tu causa, y con dolor comerás de ella todos los días de tu vida. Espinas y cardos te producirá, y comerás la hierba del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra, de la cual fuiste tomado; porque polvo eres, y al polvo volverás. Y entonces Adán llamó a su mujer Eva; porque ella es la madre de todos los vivientes. Y entonces el Señor Dios hizo túnicas de piel para Adán y su mujer, y los vistió. Y dijo: He aquí, Adán ha llegado a ser como uno de nosotros, conociendo el bien y el mal. Y entonces, para que no extienda su mano y tome también del árbol de la vida, y coma y viva para siempre, el Señor Dios lo expulsó del jardín de la delicia, para que trabajara la tierra de la cual fue tomado. Y expulsado del jardín, habitó frente al jardín de la delicia. Y Dios puso querubines y una espada flamígera que se revolvía, para guardar el camino del árbol de la vida.

CAPÍTULO II.---El Génesis no puede ser explicado literalmente en todas partes.

3. Si los maniqueos prefirieran discutir estos secretos de las palabras, no con reproches y acusaciones, sino buscando y reverenciando, ciertamente no serían maniqueos; sino que se les daría a los que piden, y los que buscan encontrarían, y a los que llaman se les abriría. Pues muchos plantean cuestiones en este discurso, quienes buscan con diligencia piadosa, más que estos miserables e impíos: pero la diferencia es que aquellos buscan para encontrar, estos no se esfuerzan en nada, sino en no encontrar lo que buscan. Por lo tanto, todo este discurso debe ser discutido primero según la historia, y luego según la profecía. Según la historia se narran hechos, según la profecía se predicen futuros. Ciertamente, quien quiera tomar todo lo que se ha dicho según la letra, es decir, no entenderlo de otra manera que como suena la letra, y pueda evitar las blasfemias, y predicar todo conforme a la fe católica, no solo no debe ser envidiado, sino que debe ser considerado un intérprete principal y muy laudable. Pero si no se da salida alguna para entender piadosa y dignamente a Dios lo que está escrito, a menos que creamos que estas cosas están propuestas figurada y enigmáticamente; teniendo la autoridad apostólica, por la cual se resuelven tantos enigmas de los libros del Antiguo Testamento, mantengamos el método que intentamos, con la ayuda de aquel que nos exhorta a pedir, buscar y llamar (Mat. VII, 7); para que expliquemos todas estas figuras de las cosas según la fe católica, ya sea que pertenezcan a la historia o a la profecía, sin prejuizar un tratamiento más diligente y mejor, ya sea por nosotros o por otros a quienes el Señor se digne revelar.

CAPÍTULO III.---Qué designa el verde del campo, vers. 5, cap. 2.

4. Fue hecho, pues, el día en que Dios hizo el cielo y la tierra, y todo verde del campo, antes de que estuvieran sobre la tierra, y toda hierba del campo. Arriba se numeran siete días, ahora se dice un día, en el que Dios hizo el cielo y la tierra, y todo verde del campo, y toda hierba, cuyo nombre de día se entiende bien que significa todo el tiempo. Pues Dios hizo todo el tiempo junto con todas las criaturas temporales, que son significadas por los nombres de cielo y tierra. Pero debe movernos a investigar, que habiendo nombrado el día, que fue hecho, y el

cielo, y la tierra, añadió también, el verde del campo, y toda hierba. Pues no cuando se dijo, En el principio hizo Dios el cielo y la tierra, se dijo entonces que fue hecho todo verde del campo y hierba: pues claramente se lee que el tercer día fue hecho todo verde y hierba del campo. Pero lo que se dijo, En el principio hizo Dios el cielo y la tierra, no pertenece a ninguno de los días de esos siete días. Pues aún llamaba materia misma de la que fueron hechas todas las cosas, con el nombre de cielo y tierra: o ciertamente había propuesto primero toda la creación, con el nombre de cielo y tierra diciendo, En el principio hizo Dios el cielo y la tierra; y después, en particular, por orden de días como convenía, por la profecía, que en el primer libro mencionamos, expuso las obras de Dios. ¿Qué significa entonces que ahora, habiendo nombrado el cielo y la tierra, añadió, el verde del campo y la hierba, y llamó tantas otras cosas que hay en el cielo y en la tierra, o incluso en el mar; sino porque el verde del campo quiere significar la criatura invisible, como es el alma? Pues el campo suele ser llamado figuradamente en las Escrituras el mundo. Porque también el mismo Señor dijo, El campo es este mundo (Mat. XIII, 38), cuando explicaba aquella parábola, donde al buen grano se le mezclan cizañas. Por lo tanto, el verde del campo dice la criatura espiritual e invisible, por el vigor de la vida, y con el nombre de hierba ciertamente por la vida bien interpretamos esto mismo.

5. Luego lo que añadió, antes de que estuvieran sobre la tierra, se entiende antes de que el alma pecara. Pues manchada por deseos terrenales, como nacida sobre la tierra, o estar sobre la tierra, se dice con razón: por eso añadió, Aún no había llovido Dios sobre la tierra.

CAPÍTULO IV.---Qué significa, Aún no había llovido sobre la tierra, vers. 5.

Porque también ahora Dios hace el verde del campo, pero lloviendo sobre la tierra, es decir, hace que las almas reverdezcan por su palabra; pero las riega desde las nubes, es decir, desde las Escrituras de los Profetas y Apóstoles. Con razón se llaman nubes, porque estas palabras que suenan y pasan al golpear el aire, añadida también la oscuridad de las alegorías como alguna niebla, se hacen como nubes: que al ser tratadas se expresan, y a los que bien entienden se les infunde como lluvia de verdad. Pero esto aún no era antes de que el alma pecara; es decir, antes de que el verde del campo estuviera sobre la tierra. Aún no había llovido Dios sobre la tierra, ni había hombre que trabajara en ella. Pues al hombre que trabaja en la tierra le es necesaria la lluvia de las nubes, de las cuales ya se ha dicho. Después del pecado, el hombre comenzó a trabajar en la tierra, y a necesitar esas nubes. Antes del pecado, sin embargo, cuando Dios hizo el verde del campo y la hierba, con cuyo nombre dijimos que se significa la criatura invisible, la regaba con una fuente interior, hablando en su entendimiento: para que no recibiera palabras desde fuera, como lluvia de las nubes mencionadas; sino que se saciara con la verdad que manaba de su interior.

CAPÍTULO V.---La fuente que riega la tierra alegóricamente. Qué es la soberbia.

6. Pues una fuente subía, dice, de la tierra, y regaba toda la superficie de la tierra. De la tierra, ciertamente de la que se dice: Tú eres mi esperanza, mi porción en la tierra de los vivientes (Sal. CXLI, 6). Cuando el alma era regada por tal fuente, aún no había arrojado sus entrañas por soberbia. Pues el principio de la soberbia del hombre es apostatar de Dios. Y porque en los exteriores, hinchándose por soberbia, comenzó a no ser regada por la fuente interior, bien se le insulta con palabras proféticas, y se le dice: ¿Por qué se enorgullece tierra y ceniza? Porque en su vida arrojó sus entrañas (Ecli. X, 14, 9, 10). ¿Qué es la soberbia sino querer parecer fuera lo que no es, abandonando el secreto de la conciencia? Y por eso, trabajando ya en la tierra, necesita la lluvia de las nubes, es decir, la doctrina de las palabras humanas, para que también de este modo pueda reverdecer de esa aridez, y volver a ser el verde del campo.

Pero ojalá al menos reciba con gusto la lluvia de la verdad de esas nubes. Pues por ella nuestro Señor se dignó asumir la nube de nuestra carne, e infundió la abundante lluvia del santo Evangelio, prometiendo también que si alguno bebiera de su agua, volvería a aquella fuente interior, para que no busque fuera la lluvia. Dice: Será en él una fuente de agua que salta para vida eterna (Juan IV, 14). Creo que esta fuente subía de la tierra, y regaba toda la superficie de la tierra, porque era interior, y no deseaba la ayuda de las nubes: Aún no había llovido Dios sobre la tierra, ni había hombre que trabajara en ella. Pues cuando dijo, Aún no había llovido Dios sobre la tierra, añadió también la razón por la cual aún no había llovido: porque no había hombre que trabajara en ella. Entonces el hombre comenzó a trabajar en la tierra, cuando después del pecado fue despedido de la vida bienaventurada, de la cual gozaba en el paraíso. Pues así está escrito: Y el Señor Dios lo despidió del paraíso de la delicia, para que trabajara la tierra de la cual fue tomado: de donde buscaremos en su lugar. Lo que ahora he recordado para que entendamos que al hombre que trabaja en la tierra, es decir, en la aridez de los pecados, le es necesaria la doctrina divina de las palabras humanas, como lluvia de las nubes. Tal ciencia será destruida. Pues ahora vemos en enigma, como en nublado buscando el alimento: pero entonces cara a cara (1 Cor. XIII, 8, 12), cuando toda la superficie de nuestra tierra será regada por la fuente interior de agua que salta. Pues si quisiéramos entender alguna fuente de esta agua visible, de la que se dijo, Pero una fuente subía de la tierra, y regaba toda la superficie de la tierra; no es verosímil que siendo tantas fuentes perennes, ya sean de ríos, ya sean de corrientes por toda la tierra, solo esa se haya secado, que regaba toda la superficie de la tierra.

#### CAPÍTULO VI.---Qué vocablos designan las cosas invisibles.

7. Bajo estas pocas palabras se nos ha insinuado toda la creación antes del pecado del alma. Pues con el nombre de cielo y tierra se ha significado toda la creación visible; y con el nombre de día, todo el tiempo; y con el nombre de verde y hierba del campo, la creación invisible; y con el nombre de fuente que sube y riega toda la superficie de la tierra, la inundación de la verdad que sacia el alma antes del pecado. Pero este día, cuyo nombre dijimos que significa todo el tiempo, nos insinúa que no solo la creación visible, sino también la invisible puede sentir el tiempo: lo cual se nos manifiesta en el alma, que con tanta variedad de sus afectos, y con la misma caída por la cual se hizo miserable, y con la reparación por la cual vuelve a la bienaventuranza, se demuestra que puede ser cambiada por el tiempo. Y por eso no se dijo, Cuando fue hecho el día, en el que Dios hizo el cielo y la tierra, solamente; con cuyos nombres se insinúa la creación visible: sino que se añadió también, el verde, y la hierba del campo; con cuyo nombre dijimos que se significa la creación invisible, por el vigor y la vida, como es el alma. Y así se dijo, Cuando fue hecho el día, en el que Dios hizo el cielo y la tierra, y todo verde, y hierba del campo: para que así entendiéramos que no solo la creación visible, sino también la invisible pertenece al tiempo, por su mutabilidad; porque solo Dios es inmutable, que es antes de los tiempos.

#### CAPÍTULO VII.---Qué misterio tiene el limo.

8. Ahora veamos, después de la insinuación de toda la creación, tanto visible como invisible, y el beneficio universal de la fuente divina hacia la criatura invisible, qué se insinúa especialmente sobre el hombre, lo cual nos concierne principalmente. Primero, el hecho de que Dios formó al hombre del barro de la tierra suele generar la pregunta de qué tipo de barro era ese, o qué materia se significaba con el nombre de barro. Aquellos enemigos de los Libros antiguos, que miran todo carnalmente y por eso siempre yerran, también suelen criticar mordazmente esto, que Dios formó al hombre del barro. Dicen: ¿Por qué hizo Dios al hombre

del barro? ¿Acaso le faltaba una materia mejor y celestial de la cual hacer al hombre, para que lo formara tan frágil y mortal de la mancha terrenal? No entienden primero cuántos significados tienen la tierra o el agua en las Escrituras: el barro es una mezcla de agua y tierra. Decimos que el cuerpo humano, débil y frágil y destinado a la muerte, comenzó a ser así después del pecado. No se horrorizan en nuestro cuerpo sino de la mortalidad, que merecimos por condena. Pero, ¿qué hay de sorprendente o difícil para Dios, incluso si hizo al hombre del barro de esta tierra, en hacer su cuerpo de tal manera que no estuviera sujeto a la corrupción, si el hombre, guardando el precepto de Dios, no hubiera querido pecar? Pues si decimos que la apariencia del cielo mismo fue hecha de la nada o de materia informe, porque creemos en el artífice omnipotente; ¿qué hay de sorprendente si el cuerpo, que fue hecho de cualquier tipo de barro, pudo ser hecho por el artífice omnipotente de tal manera que ninguna molestia, ninguna necesidad atormentara al hombre antes del pecado, y no se descompusiera por corrupción?

9. Por lo tanto, es superfluo preguntar de qué hizo Dios el cuerpo del hombre; si ahora se habla de la formación del cuerpo. Así he oído que algunos de los nuestros entienden, quienes dicen que, después de que se dijo, Dios formó al hombre del barro de la tierra; por eso no se añadió, A su imagen y semejanza, porque ahora se habla de la formación del cuerpo. Sin embargo, entonces se significaba el hombre interior, cuando se dijo: Dios hizo al hombre a imagen y semejanza de Dios. Pero incluso si ahora también entendemos que el hombre fue hecho de cuerpo y alma, para que no se explique como el inicio de una nueva obra, sino como una revisión más detallada de lo insinuado brevemente antes; si, por lo tanto, como dije, entendemos que el hombre fue hecho aquí de cuerpo y alma, no absurdamente recibió el nombre de barro por esa misma mezcla. Pues así como el agua recoge, aglutina y contiene la tierra, cuando por su mezcla se convierte en barro; así el alma conforma la materia del cuerpo vivificándola en una unidad armoniosa, y no permite que se deslice y se disuelva.

CAPÍTULO VIII.---Qué significa la insuflación del espíritu. Qué se dice en las Escrituras sobre el espíritu del hombre.

10. Lo que está escrito, Y sopló en él el espíritu de vida, y el hombre se convirtió en un alma viviente: si aún era solo el cuerpo, debemos entender que aquí se añadió el alma al cuerpo; ya sea que ya estaba hecha, pero como si estuviera en la boca de Dios, es decir, en su verdad o sabiduría, de donde no se apartó como separada por lugares, cuando fue insuflada; pues Dios no está contenido en un lugar, sino que está presente en todas partes: o bien el alma fue hecha entonces, cuando Dios sopló el espíritu de vida en esa figura, para que esa insuflación significara la misma operación de Dios, por la cual hizo el alma en el hombre con el Espíritu de su poder. Pero si aquel hombre que fue hecho ya era cuerpo y alma; a esa alma se le añadió el sentido con esta insuflación, cuando el hombre se convirtió en un alma viviente: no porque esa insuflación se convirtiera en un alma viviente, sino que operó en un alma viviente. Sin embargo, aún no debemos entender al hombre espiritual, que se convirtió en un alma viviente, sino todavía animal. Entonces se convirtió en espiritual, cuando en el paraíso, es decir, en la vida bienaventurada, también recibió el precepto de la perfección, para que se consumara con la palabra de Dios. Por lo tanto, después de que pecó, apartándose del precepto de Dios, y fue expulsado del paraíso, permaneció en esto para ser animal. Y por eso primero somos todos hombres animales, que nacimos de él después del pecado, hasta que alcancemos al Adán espiritual, es decir, a nuestro Señor Jesucristo, que no cometió pecado (I Pedro II, 22); y recreados y vivificados por él, seamos restituidos en el paraíso, donde aquel ladrón mereció estar con él el mismo día en que terminó esta vida (Lucas XXIII, 43). Así dice el Apóstol: Pero no primero lo que es espiritual, sino lo que es animal, como está escrito: El

primer Adán fue hecho en un alma viviente, el último Adán en un espíritu vivificante (I Cor. XV, 44-46).

11. Así, pues, debemos entender este lugar, para que no porque se dijo, Soplo en él el espíritu de vida, y el hombre se convirtió en un alma viviente, creamos que aquella parte de la naturaleza de Dios se convirtió en el alma del hombre, y nos veamos obligados a decir que la naturaleza de Dios es mutable: en este error la verdad oprime especialmente a estos maniqueos. Pues así como la madre de todos los herejes es la soberbia, se atrevieron a decir que la naturaleza de Dios es el alma. Y de aquí son urgidos por nosotros, cuando les decimos: Entonces la naturaleza de Dios yerra y es miserable, y se corrompe con la mancha de los vicios y peca; o incluso, como ustedes dicen, se ensucia con las inmundicias de la naturaleza contraria: y otras cosas semejantes que es impío creer sobre la naturaleza de Dios. Pues está escrito claramente en otro lugar que el alma fue hecha por el Dios omnipotente, y por eso no es parte de Dios ni naturaleza de Dios, diciendo el profeta, Y el que formó el espíritu para todos, él hizo todas las cosas (Salmo XXXII, 15): y en otro lugar, El que formó el espíritu del hombre en él (Zacarías XII, 1). Por lo tanto, que el espíritu del hombre fue hecho, se aprueba claramente con estos testimonios. El espíritu del hombre en las Escrituras se dice que es la potencia racional del alma misma, por la cual se distingue de los animales y les domina por ley de naturaleza. De lo cual dice el Apóstol: Nadie sabe lo que hay en el hombre, sino el espíritu del hombre que está en él (I Cor. II, 11). No sea que si se probara con estos testimonios que el alma fue hecha, no faltaran quienes dijeran que el espíritu del hombre no fue hecho, y pensarán que es la naturaleza de Dios, y dijeran que una parte de Dios se convirtió en él, cuando se hizo aquella insuflación de Dios. Lo cual la sana doctrina rechaza de igual manera, porque también el mismo espíritu del hombre, cuando a veces yerra, y a veces piensa prudentemente, clama ser mutable: lo cual de ninguna manera es lícito creer sobre la naturaleza de Dios. No puede haber mayor signo de soberbia que decir que el alma humana es lo que Dios es, cuando aún gime bajo tantas cargas de vicios y miserias.

#### CAPÍTULO IX.---Qué significan alegóricamente las delicias del paraíso.

12. Ahora veamos la misma bienaventuranza del hombre, que se significa con el nombre de paraíso: pues como en los bosques suele haber un descanso delicioso para los hombres, y la luz nos nace por el oriente a nuestros sentidos corporales, y se levanta el cielo, que es un cuerpo superior a nuestro cuerpo y más excelente; por eso con estas palabras también se explican figuradamente las delicias espirituales que tiene la vida bienaventurada, y el paraíso se planta hacia el oriente. Entendamos, pues, que todos los árboles hermosos a la vista de la inteligencia y buenos para el alimento que no se corrompe, con el cual se alimentan las almas bienaventuradas, significan nuestros gozos espirituales: pues también el Señor dice, Trabajad por el alimento que no se corrompe (Juan VI, 27); como es toda razón, que es alimento del alma. Hacia el oriente, la luz de la sabiduría en Edén, es decir, en las delicias inmortales e inteligibles. Pues se dice que delicias, o placer, o banquete se significan con esta palabra, si se traduce del hebreo al latín. Pero se puso así sin traducción, para que pareciera significar algún lugar, y haga más figurada la locución. Tomamos, pues, todo aquel árbol producido de la tierra como todo aquel gozo espiritual; es decir, que sobresale de la tierra, y no se envuelve ni se entierra en los enredos de las codicias terrenales. El árbol de la vida plantado en medio del paraíso, significa aquella sabiduría, por la cual conviene que el alma entienda que está ordenada en un cierto medio de las cosas, para que aunque tenga sujeta a sí toda la naturaleza corpórea, entienda sin embargo que la naturaleza de Dios está sobre ella: y no se desvíe ni a la derecha, arrogándose lo que no es; ni a la izquierda, despreciando por negligencia lo que es: y esto es el árbol de la vida plantado en medio del paraíso. Pero el árbol de la ciencia del bien y del mal, significa también la misma medianía del alma y su integridad ordenada: pues

también ese árbol está plantado en medio del paraíso; y por eso se llama árbol del conocimiento del bien y del mal, porque si el alma, que debe extenderse hacia lo que está delante, es decir, hacia Dios, y olvidar lo que está detrás (Filip. III, 13), es decir, los placeres corporales, se vuelve hacia sí misma abandonando a Dios, y quiere disfrutar de su potencia como si fuera sin Dios, se hincha de soberbia, que es el principio de todo pecado. Y cuando este pecado suyo es seguido por el castigo, aprende por experiencia la diferencia entre el bien que abandonó y el mal en el que cayó. Y esto será para ella haber probado del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal. Por lo tanto, se le ordena que coma de todo árbol que está en el paraíso, pero no coma del árbol en el que está el conocimiento del bien y del mal; es decir, que no lo disfrute de tal manera que viole y corrompa la misma integridad ordenada de su naturaleza, como comiendo.

#### CAPÍTULO X.---Qué significan los cuatro ríos.

13. El río que procedía de Edén, es decir, de las delicias y el placer y el banquete, que se significa por el profeta en los Salmos, cuando dice, Los saciarás con el torrente de tus delicias (Salmo XXXV, 9); esto es Edén, que en latín se dice placer: se divide en cuatro partes, y significa las cuatro virtudes, prudencia, fortaleza, templanza, justicia. Se dice que el Phison es el Ganges, y el Geon es el Nilo, lo cual también se puede notar en el profeta Jeremías: ahora se llaman con otros nombres. Así como ahora se llama Tíber al río que antes se llamaba Albula. El Tigris y el Éufrates aún conservan los mismos nombres: pero con estos nombres se significan las virtudes espirituales, como también lo enseña la interpretación de los mismos nombres, si alguien considera la lengua hebrea o siria. Así como Jerusalén, aunque es un lugar visible y terrenal, sin embargo significa la ciudad de la paz espiritualmente: y Sion, aunque es un monte en la tierra, sin embargo significa la especulación; y este nombre en las alegorías de las Escrituras se transfiere a menudo para entender cosas espirituales: y aquel que descendía de Jerusalén a Jericó, como dice el Señor, y en el camino fue herido, golpeado y dejado medio muerto por los ladrones (Lucas X, 30), ciertamente estos lugares de la tierra, aunque según la historia se encuentran en la tierra, espiritualmente nos hacen entender.

14. La prudencia, pues, que significa la misma contemplación de la verdad ajena a toda boca humana, porque es inefable, que si quieres expresarla, más bien la disminuyes que la igualas, porque allí también el Apóstol oyó palabras inefables que no es lícito al hombre hablar (II Cor. XII, 4): esta prudencia, pues, rodea la tierra, que tiene oro, carbunclo y piedra prásina, es decir, la disciplina de vivir, que brilla como oro puro, como si estuviera purificada de todas las suciedades terrenales; y la verdad, que ninguna falsedad vence, como el resplandor del carbunclo no es vencido por la noche; y la vida eterna, que se significa con el verdor de la piedra prásina, por el vigor que no se marchita. El río que rodea la tierra de Etiopía, muy caliente y ferviente, significa la fortaleza, ágil y diligente por el calor de la acción. El tercer río, el Tigris, va contra los asirios, y significa la templanza, que resiste a la lujuria, muy adversa a los consejos de la prudencia: por eso a menudo en las Escrituras los asirios se ponen en lugar de los adversarios. El cuarto río no se dice contra qué va, ni qué tierra rodea: pues la justicia pertenece a todas las partes del alma, porque es el orden y la equidad del alma, por la cual estas tres cosas se unen concordemente; la primera, la prudencia; la segunda, la fortaleza; la tercera, la templanza; y en toda esta unión y ordenación, la justicia.

#### CAPÍTULO XI.---Las obras del hombre en el paraíso: la mujer hecha como ayuda.

15. Pero el hecho de que el hombre fue puesto en el paraíso para que trabajara y lo guardara; aquella operación no era laboriosa sino más laudable. Pues hay una operación en el paraíso, y otra en la tierra, a donde fue condenado después del pecado. Por lo que se añadió, y lo

guardara; se significó qué tipo de operación era aquella. Pues en la tranquilidad de la vida bienaventurada, donde no hay muerte, toda obra es guardar lo que tienes. También recibe un precepto, del cual ya hemos tratado antes (Arriba, c. 9). Este precepto, como se concluye de tal manera que no habla a uno solo; pues dice, El día que comáis de él, moriréis; comienza a exponerse cómo fue hecha la mujer: y se dice que fue hecha como ayuda del hombre, para que con unión espiritual produjera frutos espirituales, es decir, buenas obras de alabanza divina; mientras él gobierna, ella obedece; él es gobernado por la sabiduría, ella por el hombre. Pues la cabeza del hombre es Cristo, y la cabeza de la mujer es el hombre (I Cor. XI, 3). Por eso se dice: No es bueno que el hombre esté solo. Aún había algo que hacer, para que no solo el alma dominara al cuerpo, porque el cuerpo ocupa el lugar de siervo, sino también la razón viril sometiera a su parte animal, por la cual la ayuda imperara sobre el cuerpo. Para ejemplo de esto fue hecha la mujer, a quien el orden de las cosas somete al hombre; para que lo que aparece más evidentemente en dos personas, es decir, en el varón y la mujer, también pueda considerarse en una sola persona: para que el apetito del alma, por el cual operamos con los miembros del cuerpo, tenga la mente interior como razón viril sometida, y con justa ley imponga medida a su ayuda, como el hombre debe gobernar a la mujer, y no permitir que ella domine sobre el hombre; lo cual donde sucede, es una casa perversa y miserable.

16. Primero, pues, Dios mostró al hombre cuánto mejor era que los animales y todas las criaturas irracionales: y esto significa que se dijo que todos los animales fueron llevados a él, para que viera cómo los llamaría, y les pusiera nombres. De esto se desprende que el hombre es mejor que los animales por la misma razón, que distingue y los discierne por nombre, lo cual solo la razón puede hacer, que juzga sobre ellos. Pero esta es una razón fácil; pues el hombre pronto entiende que es mejor que los animales: aquella es una razón difícil, por la cual entiende que en sí mismo hay algo racional que gobierna, y algo animal que es gobernado.

## CAPÍTULO XII.---Eva unida a Adán mientras dormía. Qué significa.

Y como esta visión se ve con una sabiduría más secreta, creo que se significa con el nombre de sueño, que Dios infundió en Adán, cuando le fue hecha la mujer. Pues para ver esto, no se necesita de estos ojos corporales, sino que cuanto más se retira uno de estas cosas visibles hacia los interiores de la inteligencia (esto es como dormirse), tanto mejor y más sinceramente lo ve. Pues el mismo conocimiento, por el cual se entiende que en nosotros hay algo que debe ser dominado por la razón, y algo que debe obedecer a la razón; ese mismo conocimiento es como la creación de la mujer de la costilla del hombre, para significar la unión. Luego, para que cada uno gobierne rectamente esta parte suya, y sea como un matrimonio en sí mismo, para que la carne no desee contra el espíritu, sino que se someta al espíritu, es decir, que la concupiscencia carnal no se oponga a la razón, sino que obedeciendo deje de ser carnal, necesita de la sabiduría perfecta. Cuya contemplación, porque es más interior y secreta, y remotísima de todo sentido del cuerpo, convenientemente también puede entenderse con el nombre de sueño. Pues entonces la cabeza de la mujer es el hombre de manera más ordenada, cuando la cabeza del hombre es Cristo, que es la Sabiduría de Dios.

17. Ciertamente en lugar de aquella costilla llenó de carne, para insinuar con este nombre el afecto de amor, con el cual cada uno ama su alma, y no es duro para despreciarla; lo que ama cada uno a quien gobierna. Pues no se nombró carne en este lugar para significar la concupiscencia carnal; sino de esta manera más bien en que el profeta dice que se quitará al pueblo el corazón de piedra, y se dará un corazón de carne (Ezequiel XI, 19). De esta manera también dice el Apóstol: No en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón (II Cor. III, 3). Pues una cosa es la locución propia, y otra la figurada, como esta que tratamos ahora.

Por lo cual, aunque la mujer visible según la historia fue hecha primero del cuerpo del hombre por el Señor Dios, ciertamente no sin causa fue hecha así, sino para insinuar algún secreto. ¿Acaso faltó barro para formar a la mujer? ¿O si el Señor quisiera, no podría quitarle una costilla al hombre despierto sin dolor? Por lo tanto, ya sea que estas cosas se digan figuradamente, o incluso se hayan hecho figuradamente, no se dijeron o hicieron en vano de esta manera; sino que son claramente misterios y sacramentos, que deben interpretarse y entenderse según la sana fe, ya sea de esta manera en que nuestra debilidad intenta, o de alguna otra mejor.

#### CAPÍTULO XIII.---El matrimonio espiritual en el hombre.

18. Entonces el hombre llamó a su mujer, como superior a inferior, y dijo: Esto es ahora hueso de mis huesos, y carne de mi carne. Hueso de mis huesos, tal vez por la fortaleza; y carne de mi carne, por la templanza. Estas dos virtudes se enseñan a pertenecer a la parte inferior del alma, que la prudencia racional gobierna. Pero lo que se dijo, Esta será llamada mujer, porque del hombre fue tomada; este origen del nombre y su interpretación no aparece en la lengua latina. Pues no se encuentra qué similitud tiene el nombre de mujer con el de hombre. Pero en la expresión hebrea se dice que suena como si se dijera: Esta será llamada virago, porque del hombre fue tomada. Pues virago o virgen tiene más similitud con el nombre de hombre; pero mujer no la tiene: pero esto, como dije, lo hace la diversidad de lenguas.

19. Lo que se añadió, Dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer; y serán dos en una sola carne, no encuentro cómo se refiere a la historia, salvo que a menudo en el género humano suceden estas cosas; pero es toda una profecía, de la cual el Apóstol hace mención, diciendo: Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer; y serán dos en una sola carne. Este es un gran sacramento: pero yo digo en Cristo y en la Iglesia (Efes. V, 31, 32). Si los maniqueos no fueran ciegos al leer, quienes a través de las epístolas apostólicas engañan a muchos, entenderían cómo deben ser interpretadas las Escrituras del Antiguo Testamento, y no se atreverían a acusar con voz sacrílega lo que no conocen. Pero que Adán y su mujer estaban desnudos y no se avergonzaban, significa la simplicidad del alma y la castidad. Pues también el Apóstol dice: Os he desposado con un solo esposo para presentaros como una virgen casta a Cristo: pero temo que como la serpiente engañó a Eva con su astucia, así se corrompan vuestras mentes de la simplicidad y castidad que hay en Cristo (II Cor. XI, 2, 3).

#### CAPÍTULO XIV.---La serpiente, el diablo, el afecto de Eva.

20. La serpiente significa al diablo, que ciertamente no era simple. Pues lo que se dice más sabio que todas las bestias, figuradamente insinúa su astucia. No se dijo que la serpiente estaba en el paraíso, sino que estaba entre las bestias que Dios hizo. El paraíso significa la vida bienaventurada, como dije antes (Supra, cap. 9), en la cual ya no estaba la serpiente, porque ya era diablo; y había caído de su bienaventuranza, porque no permaneció en la verdad. No es de extrañar cómo pudo hablarle a la mujer, cuando ella estaba en el paraíso y él no; pues ella no estaba en el paraíso según el lugar, sino más bien según el afecto de bienaventuranza: o incluso si hay un lugar tal que se llame paraíso, en el cual Adán y la mujer habitaban corporalmente, ¿debemos entender también el acceso del diablo corporalmente? No, ciertamente, sino espiritualmente, como dice el Apóstol, Según el príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia (Efes. II, 2). ¿Acaso se les aparece visiblemente, o se acerca a ellos en lugares corporales en los que opera? No,

ciertamente, sino que de maneras maravillosas sugiere a través de pensamientos todo lo que puede. A estas sugerencias resisten aquellos que verdaderamente dicen, lo que también dice el Apóstol: No ignoramos sus maquinaciones (II Cor. II, 11). ¿Cómo se acercó a Judas, cuando le persuadió para que entregara al Señor? ¿Acaso se le apareció en lugares, o a través de estos ojos? Pero ciertamente, como se dijo, entró en su corazón (Luc. XXII, 3). Sin embargo, el hombre lo rechaza si guarda el paraíso. Pues Dios puso al hombre en el paraíso para que lo trabajara y lo guardara: porque así se dice de la Iglesia en el Cantar de los Cantares, Huerto cerrado, fuente sellada (Cant. IV, 12); al cual ciertamente no se admite al persuasor de la perversidad. Pero sin embargo, engaña a través de la mujer: pues tampoco nuestra razón puede ser llevada al consentimiento del pecado, a menos que el deleite haya sido movido en esa parte del alma que debe obedecer a la razón como a un esposo rector.

21. También ahora en cada uno de nosotros no se hace otra cosa, cuando alguien cae en pecado, que lo que entonces se hizo en esos tres, la serpiente, la mujer y el hombre. Pues primero se hace la sugestión ya sea por pensamiento, ya sea por los sentidos del cuerpo, viendo, tocando, oyendo, gustando u oliendo: cuando se ha hecho esta sugestión, si nuestra codicia no se mueve a pecar, se excluye la astucia de la serpiente; pero si se mueve, como si ya se hubiera persuadido a la mujer. Pero a veces la razón virilmente refrena y reprime la codicia incluso cuando está agitada. Cuando esto sucede, no caemos en pecado, sino que con alguna lucha somos coronados. Pero si la razón consiente, y lo que la lujuria ha movido, decide que debe hacerse, el hombre es expulsado de toda vida bienaventurada como del paraíso. Pues ya se le imputa el pecado, aunque no siga el hecho; porque la conciencia se mantiene culpable en el consentimiento.

#### CAPÍTULO XV.---Cómo la tentación derriba.

22. Pero cómo la serpiente persuadió el pecado, debe considerarse cuidadosamente; pues pertenece en gran medida a nuestra salvación: porque estas cosas se escribieron para que ya evitemos tales cosas. Pues cuando la mujer respondió a la pregunta de qué se les había ordenado; él dijo: No moriréis: pues sabía Dios que el día que comáis de él, se abrirán vuestros ojos, y seréis como dioses, conociendo el bien y el mal. Vemos que con estas palabras se persuadió el pecado a través del orgullo: pues a esto vale lo que se dijo, Seréis como dioses. Así también esto que se dijo, Pues sabía Dios que el día que comáis de él, se abrirán vuestros ojos, ¿qué se entiende aquí, sino que se persuadió a no querer estar bajo Dios, sino en su propio poder sin Señor, para no observar su ley, como si les envidiara que se gobernarán a sí mismos, sin necesitar su luz interna, sino usando su propia providencia, como sus propios ojos, para discernir el bien y el mal, que él había prohibido? Esto es, pues, lo que se persuadió, que amaran demasiado su propio poder, y queriendo ser iguales a Dios, usaran mal esa mediación, por la cual estaban sujetos a Dios, y tenían cuerpos sujetos, como el fruto del árbol puesto en medio del paraíso, es decir, contra la ley de Dios; y así perdieran lo que habían recibido, mientras querían usurpar lo que no habían recibido. Pues la naturaleza humana no recibió que por su propio poder, sin que Dios la gobernara, fuera bienaventurada; porque sin que nadie la gobierne, por su propio poder solo Dios puede ser bienaventurado.

23. Y vio, dice, la mujer que el árbol era bueno para comer; y que era bueno a los ojos para ver, y para conocer. ¿Cómo veía, si sus ojos estaban cerrados? Pero esto se dijo para que entendiéramos que esos ojos se abrieron, después de que tomaron de ese fruto, con los cuales se veían desnudos, y se desagradaban a sí mismos, es decir, los ojos de la astucia, con los cuales la simplicidad desagrada. Pues cuando alguien cae de aquella luz íntima y secretísima de la verdad, no hay nada de lo que quiera agrandar con orgullo, sino con simulaciones fraudulentas. De aquí nace también la hipocresía, en la cual se creen muy astutos aquellos

que pueden engañar y decepcionar a quien quieran. Pues la mujer dio a su marido, y comieron, y se abrieron sus ojos, de los cuales ya se ha dicho; y entonces vieron que estaban desnudos, pero con ojos perversos, con los cuales aquella simplicidad que se significaba con el nombre de desnudez, parecía vergonzosa. Así que para no ser ya simples, hicieron para sí mismos cinturones de hojas de higuera, como cubriendo sus partes vergonzosas, es decir, ocultando la simplicidad, de la cual ya se avergonzaba la astuta soberbia. Las hojas de higuera significan una especie de picazón, si esto se dice bien en cosas incorpóreas, que el alma padece de manera maravillosa con la codicia y el deleite de mentir. De donde también en latín se dice que son salados, quienes aman bromear. En las bromas, ciertamente, la simulación tiene el principado.

CAPÍTULO XVI.---Qué significan el esconderse, el caminar, el preguntar.

24. Así que cuando Dios paseaba en el paraíso al atardecer, es decir, cuando ya venía a juzgarlos, aún antes de su castigo, paseaba en el paraíso, es decir, como si se moviera en ellos la presencia de Dios, cuando ya no eran estables en su precepto; y bien al atardecer, es decir, cuando ya el sol se ponía para ellos, es decir, se les quitaba aquella luz interior de la verdad: oyeron su voz, y se escondieron de su vista. ¿Quién se esconde de la vista de Dios, sino quien, abandonándolo, comienza ya a amar lo que es suyo? Pues ya tenían los cobertores de la mentira: quien habla mentira, de lo suyo habla (Juan VIII, 44). Y por eso se dice que se esconden tras el árbol que estaba en medio del paraíso, es decir, a sí mismos, que estaban ordenados en medio de las cosas, debajo de Dios y encima de los cuerpos. Así que se escondieron a sí mismos, para que se turbaran con miserables errores, dejando la luz de la verdad, que ellos no eran. Pues el alma humana puede ser partícipe de la verdad: pero la verdad misma es Dios inmutable sobre ella. De esa verdad, pues, quienquiera que se aparta, y se vuelve a sí mismo, y no se regocija en el Dios rector e iluminador, sino en sus propios movimientos como libres, se oscurece con la mentira: porque quien habla mentira, de lo suyo habla; y así se turba, y manifiesta aquella voz del profeta, donde se dice, Mi alma está turbada en mí (Salmo XLI, 7). Así que ya se pregunta a Adán, no porque Dios no supiera dónde estaba, sino obligándolo a la confesión del pecado: pues tampoco el Señor Jesucristo ignoraba tantas cosas que preguntaba. Pero respondió que, al oír su voz, se había escondido, porque estaba desnudo. Ya respondió con un error muy miserable, como si pudiera desagradar a Dios desnudo, como él lo había hecho. Pero esto es propio del error, que lo que a uno le desagrada, también cree que desagrada a Dios. Pero aquello debe entenderse sublimemente, lo que el Señor dijo: ¿Quién te ha anunciado que estabas desnudo, sino porque de aquel árbol del cual te dije, de él solo no comieras, de él comiste? Pues estaba desnudo de simulación, pero se vestía de luz divina. De donde apartado y vuelto a sí mismo, lo que significa haber comido de aquel árbol, vio su desnudez, y se desagradó a sí mismo por no tener algo propio.

CAPÍTULO XVII.---Rechazo de la culpa y castigo de la serpiente.

25. Luego ya, según la costumbre de la soberbia, no acusa en sí mismo que consintió a la mujer, sino que vierte su culpa en la mujer; y así sutilmente, como de la astucia que el miserable había concebido, quiso que perteneciera al mismo Dios que pecó. Pues no dijo, La mujer me dio; sino que añadió diciendo, La mujer que me diste. Pero nada es tan familiar a los pecadores, como atribuir a Dios lo que se les acusa de cualquier manera: y esto de aquella vena de soberbia, para que, como el hombre pecó queriendo ser igual a Dios, es decir, libre de su dominio, como él es libre de todo dominio, pues él es el Señor de todos; como no pudo ser igual a él en majestad, ya caído y yacente en su pecado, intenta hacerlo igual a él. O más bien quiere mostrar que él pecó, pero que él es inocente. Y la mujer interrogada refiere la culpa a la serpiente: como si él hubiera tomado a su esposa para obedecerle, y no más bien

para hacer que ella le obedeciera; o como si ella no pudiera guardar el precepto de Dios, más bien que admitir las palabras de la serpiente.

26. Ya la serpiente no es interrogada, sino que primero recibe el castigo, porque no puede confesar el pecado, ni tiene en absoluto de qué excusarse. Pero ahora no se dice esa condenación del diablo, que se reserva para el último juicio, de la cual habla el Señor cuando dice, Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Mat. XXV, 41); sino que se dice ese castigo suyo, por el cual debemos tener cuidado. Pues su castigo es tener en su poder a aquellos que desprecian los preceptos de Dios. Esto se explica con estas palabras, con las cuales se pronuncia la sentencia sobre él: y de ahí es mayor el castigo, porque se alegra de este poder tan infeliz, quien solía antes de caer, alegrarse de la verdad sublime en la que no permaneció. Y por eso también se le antepone los animales, no en poder, sino en la conservación de su naturaleza: porque los animales no perdieron alguna bienaventuranza celestial, que nunca tuvieron, sino que en su naturaleza que recibieron llevan a cabo su vida. Se le dice, pues: Reptarás sobre tu pecho y tu vientre. Lo cual ciertamente se observa en la serpiente, y de ese animal visible se figura la locución a este enemigo nuestro invisible. Pues con el nombre de pecho, se significa la soberbia, porque allí domina el ímpetu del alma: pero con el nombre de vientre, se significa el deseo carnal, porque esta parte se siente más blanda en el cuerpo. Y porque con estas cosas él se arrastra hacia aquellos que quiere engañar; por eso se dijo, Reptarás sobre tu pecho y tu vientre.

#### CAPÍTULO XVIII.---La enemistad de la serpiente con Eva.

27. Y comerás tierra todos los días de tu vida: es decir, todos los días en que ejerces este poder, antes de aquel último castigo del juicio; pues esta es su vida, de la cual se alegra y se gloria. Comerás tierra, puede entenderse de dos maneras: o pertenecerán a ti aquellos que engañes con la codicia terrena, es decir, los pecadores, que se significan con el nombre de tierra; o ciertamente se figura con estas palabras el tercer tipo de tentación, que es la curiosidad. Pues quien come tierra, penetra lo profundo y tenebroso, y sin embargo lo temporal y terreno.

28. Pero no se ponen enemistades entre él y el hombre, sino entre él y la mujer. ¿Acaso porque no engaña y tienta a los hombres? Pero es evidente que engaña. ¿O porque no engañó a Adán, sino a su mujer? Pero ¿acaso por eso no es enemigo de él, a quien llegó a través de su mujer aquella decepción, especialmente porque ya se dice de lo futuro, Pondré enemistades entre ti y la mujer? Pero si no engañó a Adán después, tampoco engañó a Eva después. ¿Por qué, pues, se dice así, sino porque aquí se muestra claramente que no podemos ser tentados por el diablo, sino a través de esa parte animal, que como imagen o ejemplo de mujer se muestra en un solo hombre, de la cual ya hemos dicho muchas cosas antes? Pero también entre la descendencia del diablo, y la descendencia de la mujer se ponen enemistades, se significa con la descendencia del diablo la perversa sugestión; pero con la descendencia de la mujer, el fruto de la buena obra, con el cual se resiste a la perversa sugestión. Y por eso él observa la planta de la mujer, para que si alguna vez cae en deleite ilícito, entonces la atrape: y ella observa su cabeza, para excluirlo en el mismo inicio de la mala persuasión.

#### CAPÍTULO XIX.---Sobre los castigos infligidos a la mujer.

29. Ya sobre el castigo de la mujer no hay cuestión: pues claramente tiene multiplicados dolores y suspiros en las calamidades de esta vida; y que en dolores da a luz hijos, aunque también en esta mujer visible se cumple, sin embargo, la consideración debe ser llevada a aquella más secreta. Pues también en los animales las hembras dan a luz hijos con dolor, y

esta es en ellos la condición de la mortalidad más que el castigo del pecado. Puede, pues, suceder que también en las mujeres humanas sea esta la condición de los cuerpos mortales. Pero este es el gran castigo, que vinieron a esta mortalidad de los cuerpos desde aquella inmortalidad. Sin embargo, es un gran sacramento de esta sentencia, que no se hace ninguna abstinencia de la voluntad carnal, que no tenga en su inicio dolor, hasta que la costumbre se incline a la mejor parte. Cuando esto sucede, como si hubiera nacido un hijo, es decir, el afecto está preparado para la buena obra a través de la buena costumbre. Esta costumbre, cuando nace, se ha luchado con dolor contra la mala costumbre. Pues también lo que se dijo después del parto, Tu conversión será hacia tu marido, y él te dominará; ¿acaso no muchas y casi todas las mujeres dan a luz sin sus maridos presentes, y después del parto no se convierten a ellos? Y las mujeres que son soberbias, y dominan a sus maridos, ¿acaso después del parto carecen de este vicio, para que sus maridos las dominen? Más bien, creen que se les ha añadido dignidad, porque se convierten en madres, y a menudo se vuelven más soberbias. ¿Qué significa, pues, que después de que se dijo, En dolores darás a luz hijos, se añadió, y tu conversión será hacia tu marido, y él te dominará; sino porque esa parte del alma, que se mantiene en los placeres carnales, cuando quiere vencer alguna mala costumbre, ha sufrido dificultad y dolor, y así ha dado a luz una buena costumbre, ya más cauta y diligente obedece a la razón como a un marido; y como si fuera instruida por los dolores, se convierte a la razón, y sirve gustosamente al que manda, para no caer de nuevo en alguna costumbre perniciosas? Estas cosas que parecen maldiciones, son preceptos, si no leemos carnalmente lo espiritual. Pues la ley es espiritual (Rom. VII, 14).

#### CAPÍTULO XX.---Sobre el castigo del hombre.

30. ¿Qué diremos entonces sobre esta sentencia que fue pronunciada contra el hombre? ¿Acaso debemos pensar que los ricos, a quienes les resulta fácil obtener sustento y no trabajan la tierra, han escapado de esta pena que dice: "Maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida. Espinas y cardos te producirá, y comerás la hierba del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra, de la cual fuiste tomado; porque polvo eres, y al polvo volverás"? Pero ciertamente es evidente que nadie escapa de esta sentencia. Pues el hecho mismo de que cada persona nacida en esta vida tenga dificultad para encontrar la verdad debido al cuerpo corruptible (como dice Salomón, "El cuerpo que se corrompe agobia el alma, y la morada terrenal deprime el sentido que piensa en muchas cosas" [Sab. IX, 15]), son los trabajos y tristezas que el hombre tiene de la tierra; y las espinas y cardos son las punzadas de las cuestiones tortuosas, o los pensamientos sobre la provisión de esta vida: que a menudo, a menos que sean arrancadas y arrojadas del campo de Dios, ahogan la palabra para que no fructifique en el hombre, como dice el Señor en el Evangelio (Marcos IV, 18, 19). Y puesto que por necesidad ya somos advertidos de la verdad a través de estos ojos y oídos, y es difícil resistir a las fantasías que entran en el alma por estos sentidos, aunque por ellos también entra la misma advertencia de la verdad; en esta complejidad, ¿quién no suda para comer su pan? lo que sufriremos todos los días de nuestra vida, es decir, de esta vida que pasará. Y esto se dijo a quien cultivara su campo, porque sufre esto hasta que vuelva a la tierra, de la cual fue tomado, es decir, hasta que termine esta vida. Pues quien haya cultivado este campo interior, y aunque con trabajo haya llegado a su pan, puede soportar este trabajo hasta el fin de esta vida: pero después de esta vida no es necesario que sufra. Pero quien no haya cultivado el campo, y haya permitido que sea oprimido por espinas, tiene en esta vida la maldición de su tierra en todas sus obras, y después de esta vida tendrá, o el fuego de purificación o el castigo eterno. Así, nadie escapa de esta sentencia: pero se debe actuar para que al menos solo en esta vida se sienta.

CAPÍTULO XXI.---Por qué después de la transgresión Adán llamó a Eva vida: y sobre el significado de las túnicas de piel.

31. ¿Quién no se conmueve al ver que después del pecado y de la sentencia del juez divino, Adán llama a su mujer Vida, porque ella es la madre de los vivientes, después de haber merecido la muerte y estar destinada a dar a luz hijos mortales; sino porque la Escritura atiende a esos hijos, que cuando los haya dado a luz con dolores, su conversión será hacia su marido, y él la dominará? De estos hijos se habló anteriormente. Así es ella la vida y madre de los vivientes. Pues la vida que está en pecados suele llamarse muerte en las Escrituras, como dice el Apóstol que la viuda que vive en deleites está muerta (I Tim. V, 6): y leemos que el mismo pecado se significa con el nombre de muerto, donde se dice: "El que se bautiza de un muerto, y lo toca de nuevo, ¿qué aprovecha en su lavado?" Así también el que ayuna por sus pecados, y de nuevo hace lo mismo (Ecli. XXXIV, 30, 31). Pues por pecado puso muerto, y la abstinencia y el ayuno del pecado, como el bautismo, es decir, la purificación del muerto: pero volver de nuevo al pecado, es como tocar de nuevo al muerto. ¿Por qué entonces no se llama vida a esa parte animal nuestra, que debe obedecer a la razón como a un hombre, cuando por esa razón ha concebido la carga de vivir rectamente de la palabra de vida; y cuando con el parto de la abstinencia, aunque con dolores y gemidos, resistiendo a la mala costumbre, ha dado a luz la buena costumbre para las obras rectas, se llama madre de los vivientes, es decir, de las obras rectas; a las que son contrarias los pecados, que hemos enseñado que pueden significarse con el nombre de muertos?

32. Pues aquella muerte, que todos los nacidos de Adán comenzamos a deber a la naturaleza, que Dios amenazó cuando dio el precepto de no comer del fruto de aquel árbol; aquella muerte, por tanto, está figurada en las túnicas de piel. Ellos mismos se hicieron cinturones de hojas de higuera, y Dios les hizo túnicas de piel: es decir, ellos desearon la lujuria de mentir dejando el rostro de la verdad, y Dios transformó sus cuerpos en esta mortalidad de la carne, donde se ocultan los corazones mentirosos. Pues no se debe creer que en aquellos cuerpos celestiales las intenciones puedan ocultarse como en estos cuerpos: sino que así como algunos movimientos del alma aparecen en el rostro, y especialmente en los ojos, así en aquella transparencia y simplicidad de los cuerpos celestiales no creo que puedan ocultarse en absoluto los movimientos del alma. Por tanto, merecerán aquella morada y transformación en forma angélica, quienes también en esta vida, aunque puedan ocultar mentiras bajo túnicas de piel, las odian y evitan con ardentísimo amor a la verdad, y solo ocultan lo que quienes escuchan no pueden soportar; pero no mienten en absoluto. Pues vendrá el tiempo en que nada se ocultará: porque no hay nada oculto que no se manifieste (Mat. X, 26). Estuvieron, por tanto, en el paraíso, aunque ya bajo la sentencia del Dios condenador, hasta que llegaron a las túnicas de piel, es decir, a la mortalidad de esta vida. Pues ¿con qué mayor indicio pudo significarse la muerte que sentimos en el cuerpo, que con las pieles que suelen quitarse a los animales muertos? Así que cuando el hombre, contra el precepto, no por imitación legítima, sino por ilícita soberbia, deseó ser Dios, fue arrojado hasta la mortalidad de las bestias.

33. Por eso la ley divina le insulta así con la boca de Dios; con cuya burla se nos advierte cuánto debemos evitar la soberbia.

CAPÍTULO XXII.---Qué significa alegóricamente la expulsión de Adán.

He aquí que Adán se ha hecho como uno de nosotros en el conocimiento del bien y del mal. Esta ambigua expresión forma una figura: pues, "se ha hecho como uno de nosotros", puede entenderse de dos maneras: o "uno de nosotros" como si también él fuera Dios, lo cual pertenece a la burla; como se dice, uno de los senadores, es decir, senador: o ciertamente,

porque también él sería dios, aunque por el beneficio de su Creador, no por naturaleza, si hubiera querido permanecer bajo su poder, así se dijo, "de nosotros"; como se dice, de los cónsules; o, por los cónsules, que ya no es. Pero, ¿para qué se ha hecho como uno de nosotros? Para el conocimiento, evidentemente, de distinguir el bien y el mal, para que él aprenda por experiencia, mientras siente el mal, lo que Dios conoce por sabiduría; y aprenda con su castigo que el poder del Omnipotente, que no quiso soportar siendo feliz y consentido, es inevitable.

34. Y entonces, para que Adán no extendiera su mano hacia el árbol de la vida, y viviera para siempre, Dios lo dejó salir del paraíso. Bien se dijo, "lo dejó", no, "lo expulsó"; para que por el peso de sus pecados pareciera ser empujado a un lugar que le correspondía. Lo que sufre a menudo el hombre malo cuando comienza a vivir entre los buenos, si no quiere cambiarse a mejor: es expulsado de esa congregación de buenos por el peso de su mala costumbre; y ellos no lo excluyen resistiéndose, sino que lo dejan ir deseándolo. Pero lo que se dijo, "Para que Adán no extendiera su mano hacia el árbol de la vida", también es una expresión ambigua. Hablamos así cuando decimos, "Por eso te aconsejo, para que no hagas de nuevo lo que hiciste", queriendo ciertamente que no lo haga: y de nuevo así, "Por eso te aconsejo, para que no seas bueno", queriendo ciertamente que lo sea; es decir, te aconsejo, no desesperando de que puedas ser bueno. Como habla el Apóstol, cuando dice: "Para que Dios les conceda el arrepentimiento para conocer la verdad" (II Tim. II, 25). Por tanto, puede parecer que el hombre fue dejado en los trabajos de esta vida para que alguna vez extienda su mano hacia el árbol de la vida, y viva para siempre. La extensión de la mano bien significa la cruz, por la cual se recupera la vida eterna. Aunque también si entendemos de ese modo, "para que no extienda su mano, y viva para siempre", no es una pena injusta que después del pecado se haya cerrado el acceso a la sabiduría, hasta que la misericordia de Dios, con las medidas de los tiempos, reviva al que murió, y se encuentre al que se perdió. Por tanto, fue dejado del paraíso de la suavidad, para que trabajara la tierra de la cual fue tomado; es decir, para que trabajara en este cuerpo, y allí si pudiera colocara su mérito para regresar. Pero permaneció frente al paraíso en miseria: que ciertamente es contraria a la vida bienaventurada. Pues creo que la vida bienaventurada se significó con el nombre de paraíso.

#### CAPÍTULO XXIII.---Qué significan el querubín y la espada flamígera.

35. Dios puso, pues, querubines y una espada flamígera que se revuelve, que puede llamarse con un solo nombre versátil, para guardar el camino del árbol de la vida. Según quieren aquellos que han interpretado las palabras hebreas en las Escrituras, querubines se dice en latín plenitud de ciencia. La espada flamígera versátil, se entienden las penas temporales, ya que los tiempos se revuelven con volubilidad. Por eso también se dice flamígera, porque de algún modo quema toda tribulación. Pero una cosa es quemarse para la consumación, y otra es quemarse para la purificación. Pues también el Apóstol dice: "¿Quién se escandaliza, y yo no me quemo?" (II Cor. XI, 29). Pero este afecto lo purificaba más, porque venía de la caridad. Y aquellas tribulaciones que sufren los justos, pertenecen a esta espada flamígera: "Porque en el fuego se prueba el oro y la plata, y los hombres aceptables en el horno de la humillación" (Ecli. II, 5). Y de nuevo: "El horno prueba los vasos del alfarero, y la tentación de la tribulación a los hombres justos" (Id. XXVII, 6). Porque "a quien ama Dios, corrige; y azota a todo hijo que recibe" (Heb. XII, 6); como dice el Apóstol, "Sabido que la tribulación produce paciencia, y la paciencia prueba" (Rom. V, 3, 4), leemos y escuchamos, y se debe creer que el árbol de la vida, la plenitud de la ciencia y la espada flamígera lo custodian. Por tanto, nadie puede llegar al árbol de la vida, sino por estas dos, es decir, por la tolerancia de las molestias, y la plenitud de la ciencia.

36. Pero la tolerancia de las molestias casi todos en esta vida deben soportarla, los que tienden al árbol de la vida: pero la plenitud de la ciencia parece llegar a menos; de modo que casi no todos los que llegan al árbol de la vida, llegan por la plenitud de la ciencia, aunque todos sientan la tolerancia de las molestias, es decir, la espada flamígera versátil. Pero si se atiende a lo que dice el Apóstol, "La plenitud de la Ley es la caridad" (Rom. XIII, 10); y veamos que la misma caridad se contiene en aquel doble precepto, "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente; y amarás a tu prójimo como a ti mismo; en estos dos preceptos pende toda la Ley y los Profetas" (Mat. XXII, 37-40): sin duda entendemos que al árbol de la vida no solo se llega por la espada flamígera versátil, es decir, por la tolerancia de las molestias temporales, sino también por la plenitud de la ciencia, es decir, por la caridad; porque "si no tengo caridad, nada soy" (I Cor. XIII, 2).

#### CAPÍTULO XXIV.---Adán Cristo, Eva Iglesia.

37. Pero en este discurso prometí la consideración de las cosas hechas, que creo explicada: y luego la consideración de la profecía, que queda por explicar ya brevemente. Pues puesto como un signo manifiesto por el cual se dirijan las demás cosas, no creo que esta consideración nos detenga mucho tiempo. Dice el Apóstol que es un gran sacramento lo que se dijo, "Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer; y serán dos en una sola carne": lo cual él interpreta añadiendo, "Pero yo digo en Cristo y en la Iglesia" (Efes. V, 31, 32). Por tanto, lo que se cumplió históricamente en Adán, por profecía significa a Cristo, quien dejó al Padre, cuando dijo: "Yo salí del Padre, y vine al mundo" (Juan XVI, 28). No dejó al Padre en lugar, porque Dios no está contenido en lugar, ni por aversión del pecado, como los apóstatas dejan a Dios; sino apareciendo a los hombres en hombre, cuando el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Id. I, 14). Lo cual no significa un cambio de la naturaleza de Dios, sino la asunción de la naturaleza de una persona inferior, es decir, humana. A esto se refiere también lo que se dice, "Se despojó a sí mismo" (Filip. II, 7); porque no apareció a los hombres en la dignidad en que está con el Padre, complaciendo su debilidad, que aún no tenían el corazón puro, de donde se viera el Verbo en el principio Dios con Dios (Juan I, 1). ¿Qué es entonces lo que dijimos, dejó al Padre, sino, dejó de aparecer a los hombres como está con el Padre? También dejó a la madre, es decir, la antigua y carnal observancia de la Sinagoga, que era su madre del linaje de David según la carne, y se unió a su mujer, es decir, a la Iglesia, para que sean dos en una sola carne. Pues dice el Apóstol que él es la cabeza de la Iglesia, y la Iglesia su cuerpo (Col. I, 18). Por tanto, él también fue adormecido con el sueño de la pasión, para que se le formara la esposa Iglesia, cuyo sueño canta por el profeta diciendo: "Yo dormí, y tomé sueño; y desperté, porque el Señor me sostuvo" (Sal. III, 6). Por tanto, se le formó la esposa Iglesia de su costado, es decir, de la fe de la pasión y del Bautismo. Pues su costado herido por la lanza, derramó sangre y agua (Juan XIX, 34). Siendo hecho, como dije antes, del linaje de David según la carne, como dice el Apóstol (Rom. I, 3), es decir, como del limo de la tierra, cuando no había hombre que trabajara en la tierra, porque ningún hombre trabajó en la Virgen, de la cual nació Cristo. Pero una fuente subía de la tierra, y regaba toda la faz de la tierra. La faz de la tierra, es decir, la dignidad de la tierra, se puede entender rectamente como la madre del Señor, la virgen María, a quien regó el Espíritu Santo, que se significa con el nombre de fuente y agua en el Evangelio (Juan VII, 38, 39); para que como de tal limo se hiciera aquel hombre, que fue puesto en el paraíso, para que trabajara y guardara, es decir, en la voluntad del Padre, para que la cumpliera y guardara.

#### CAPÍTULO XXV.---Los herejes y especialmente los maniqueos, designados por la serpiente.

38. Pues el precepto que recibió, lo recibimos en él, porque cada cristiano no incongruentemente sostiene la persona de Cristo, diciendo el mismo Señor: "Lo que hicisteis a uno de mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis" (Mat. XXV, 40). Y ojalá disfrutáramos, como se nos ha mandado, de todo árbol del paraíso, que significa las delicias espirituales; "El fruto del espíritu es amor, gozo, paz, longanimidad, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza", como dice el Apóstol (Gál. V, 22, 23): y no tocáramos el árbol plantado en medio del paraíso del conocimiento del bien y del mal, es decir, no quisiéramos enorgullecernos de nuestra naturaleza, que, como ya dijimos, es media, para que engañados experimentáramos qué diferencia hay entre la simple fe católica y las falacias de los herejes! pues así llegamos al conocimiento del bien y del mal. Pues es necesario, dice, que también haya herejías, para que los aprobados se manifiesten entre vosotros (I Cor. XI, 19). Pues aquella serpiente según la profecía, significa los venenos de los herejes, y especialmente de estos maniqueos, y cualquiera que se oponga al Antiguo Testamento. Pues no creo que haya algo más manifiestamente preanunciado que estos en aquella serpiente, o más bien aquel en estos que debe ser evitado. Pues ninguno más locuaz y jactanciosamente promete el conocimiento del bien y del mal; y en el mismo hombre, como en el árbol que está plantado en medio del paraíso, presumen demostrar ese conocimiento. Y también aquello que se dijo, "Seréis como dioses", ¿quiénes lo dicen más que estos, que por su vana soberbia, tratando de persuadir la misma soberbia, afirman que el alma es naturalmente lo que Dios es? ¿Y a quiénes más pertenece la apertura de los ojos carnales, que a estos que dejando la luz interior de la sabiduría, obligan a adorar este sol, que pertenece a los ojos del cuerpo? Y todos los herejes en general engañan con la promesa de conocimiento, y reprenden a aquellos que encuentran creyendo simplemente; y porque persuaden cosas completamente carnales, intentan llevar como a la apertura de los ojos carnales, para que el ojo interior se ciegue.

#### CAPÍTULO XXVI.---El hereje maniqueo como serpiente.

Pero a estos también les desagradan sus cuerpos, no por la mortalidad penal, que merecimos pecando; sino de tal manera que niegan que Dios sea el creador de los cuerpos, como si con los ojos carnales abiertos esta desnudez les desagradara.

39. Pero nada designa y señala más vehementemente a estos, que lo que dice la serpiente: No moriréis: pues sabía Dios que el día en que comáis, se abrirán vuestros ojos. Así creen estos, que aquella serpiente fue Cristo, y fingen que un dios de no sé qué nación de las tinieblas, como afirman, dio aquel precepto, como si envidiara a los hombres el conocimiento del bien y del mal. De esta opinión también creo que nacieron algunos serpenteantes, que se dice adoran a la serpiente como a Cristo, y no atienden al Apóstol que dice: Temo que, como la serpiente engañó a Eva con su astucia, así también se corrompan vuestros sentidos (II Cor. XI, 3). Por tanto, creo que estos fueron prefigurados por esta profecía. Nuestra concupiscencia carnal es seducida por las palabras de esta serpiente, y por ella es engañado Adán, no Cristo, sino el cristiano: quien si quisiera guardar el precepto de Dios, y vivir perseverantemente en la fe, hasta hacerse idóneo para la inteligencia de la verdad, es decir, si trabajara en el paraíso, y guardara lo que recibió; no llegaría a esa deformidad, de modo que cuando su carne le desagrade como su desnudez, recoja más bien coberturas carnales de mentiras, como hojas de higuera, con las que se haga un ceñidor. Esto es lo que hacen estos, cuando mienten sobre Cristo, y proclaman que él mismo mintió; y como si se escondieran de la faz de Dios, se vuelven a sus mentiras apartándose de su verdad, como dice el Apóstol: Y apartarán de la verdad el oído, y se volverán a las fábulas (II Tim. IV, 4).

40. Y aquella serpiente, es decir, aquel error de los herejes, que tienta a la Iglesia, contra el cual el Apóstol conjura, cuando dice: Temo que, como la serpiente engañó a Eva con su astucia, así también se corrompan vuestros sentidos; aquel error, por tanto, se arrastra por el pecho y el vientre, y come tierra. Pues no engaña, sino a los soberbios, que arrogándose lo que no son, creen rápidamente que la naturaleza del Dios supremo y del alma humana es una y la misma; o a los implicados en deseos carnales, que escuchan con gusto que lo que hacen lascivamente, no lo hacen ellos, sino la nación de las tinieblas; o a los curiosos, que saborean lo terrenal, y buscan lo espiritual con ojo terrenal. Pero habrá enemistades entre este y la mujer, y entre su descendencia y la descendencia de la mujer, si esta da a luz hijos aunque con dolores, y se convierte a su marido, para que él la domine. Entonces se podrá conocer que no pertenece una parte de nosotros al autor Dios, y otra a la nación de las tinieblas, como dicen estos; sino más bien que tanto lo que tiene el poder de gobernar en el hombre, como lo que es inferior y debe ser gobernado, son de Dios, como dice el Apóstol: El hombre no debe cubrirse la cabeza, pues es imagen y gloria de Dios; pero la mujer es gloria del hombre. Porque no fue creado el hombre de la mujer, sino la mujer del hombre: y tampoco fue creado el hombre por causa de la mujer, sino la mujer por causa del hombre; por eso la mujer debe tener un velo sobre la cabeza, por causa de los ángeles. Sin embargo, ni la mujer sin el hombre, ni el hombre sin la mujer en el Señor: porque así como la mujer procede del hombre, también el hombre nace por medio de la mujer; pero todo procede de Dios (I Cor. XI, 7-12).

CAPÍTULO XXVII.---La caída y el castigo de Adán alegóricamente.

41. Que Adán trabaje ya en su campo, y entienda que las espinas y abrojos que le produce la tierra no son de la naturaleza, sino del castigo; y atribuya esto no a una nación de las tinieblas, sino al juicio divino: porque es moderación de justicia dar a cada uno lo suyo. Él mismo dé a la mujer el alimento celestial, que recibió de su cabeza, que es Cristo: no reciba de ella el alimento prohibido, es decir, la falacia de los herejes con gran promesa de conocimiento, y como si fuera una apertura de secretos, por lo cual el error mismo se hace más sabroso para engañar. Pues la soberbia y curiosa codicia de los herejes clama en el libro de los Proverbios bajo la imagen de una mujer, y dice: El que es necio, que se desvíe hacia mí: y exhorta a los faltos de sentido, diciendo: Comed con gusto panes ocultos, y bebed agua dulce robada (Prov. IX, 16, 17). Y es necesario, sin embargo, que cuando alguien haya creído también en eso, precediendo la lujuria de mentir, por la cual cree que Cristo mintió, reciba también la túnica de piel por juicio divino. Con este nombre me parece que en la profecía se significa no la mortalidad del cuerpo, que se significa en la historia, de la cual ya se ha tratado; sino las fantasías atraídas de los sentidos carnales, que siguen al que miente carnalmente por la ley divina y lo cubren: y así es expulsado del paraíso, es decir, de la fe y verdad católica, para habitar contra el paraíso, es decir, para contradecir a la misma fe. Si alguna vez se convierte a Dios por la espada flamígera, es decir, por las tribulaciones temporales, reconociendo y lamentando sus pecados, y no acusando ya a una naturaleza extraña, que no existe, sino a sí mismo, para que él mismo merezca el perdón; y por la plenitud del conocimiento, que es la caridad, amando a Dios, que es inmutable sobre todas las cosas, y amando con todo el corazón, y con toda el alma, y con toda la mente; y amando al prójimo como a sí mismo, llegará al árbol de la vida, y vivirá eternamente.

CAPÍTULO XXVIII.---Refuta mediante un epílogo cada una de las calumnias de los maniqueos.

42. ¿Qué tienen, pues, estos que reprochar en estas escrituras del Antiguo Testamento? Pregunten según su costumbre, y respondamos como el Señor se digne conceder. ¿Por qué hizo Dios al hombre, dicen, sabiendo que pecaría? Porque también del pecador podía hacer

muchos bienes, ordenándolo según la moderación de su justicia, y porque su pecado no perjudicaba a Dios: y ya sea que no pecara, no habría muerte; o ya que pecó, otros mortales se corrigen de su pecado. Pues nada revoca tanto a los hombres del pecado, como el pensamiento de la muerte inminente. Así lo haría, dicen, de modo que no pecara. Más bien él mismo lo haría; pues fue hecho de tal manera, que si no quisiera, no pecaría. No se permitiría, dicen, al diablo acercarse a su mujer. Más bien ella misma no permitiría al diablo acercarse a ella; pues fue hecha de tal manera, que si no quisiera, no lo permitiría. No se haría, dicen, la mujer. Esto es decir, no se haría algo bueno: porque también ella es ciertamente algún bien, y tan gran bien, que el Apóstol dice que es la gloria del hombre; y todo es de Dios. Nuevamente dicen: ¿Quién hizo al diablo? Él mismo; pues no por naturaleza, sino pecando se hizo diablo. O bien, dicen, Dios no lo haría, si sabía que pecaría. Más bien, ¿por qué no lo haría, cuando por su justicia y providencia corrige a muchos de la malicia del diablo? ¿O acaso no habéis oído al apóstol Pablo diciendo: A quienes entregué a Satanás, para que aprendan a no blasfemar (I Tim. I, 20)? y de sí mismo dice: Y para que no me ensoberbeciera por la grandeza de las revelaciones, me fue dado un aguijón en la carne, un ángel de Satanás que me abofetea (II Cor. XII, 7). Entonces, dicen, ¿es bueno el diablo, porque es útil? Más bien es malo en cuanto es diablo; pero bueno y omnipotente es Dios, que también de su malicia hace muchas cosas justas y buenas. Pues al diablo no se le imputa, sino su voluntad, con la cual intenta hacer el mal, no la providencia de Dios, que hace bien de él.

CAPÍTULO XXIX.---Compara los dogmas de la Iglesia con los errores de los maniqueos.

43. Finalmente, puesto que con los maniqueos tenemos una cuestión sobre la religión, y la cuestión de la religión es, qué se debe sentir piadosamente sobre Dios, ya que no pueden negar que el género humano está en la miseria de los pecados; ellos dicen que la naturaleza de Dios está en la miseria: nosotros lo negamos, pero decimos que esa naturaleza que Dios hizo de la nada, llegó a esto no forzada, sino por voluntad de pecar. Ellos dicen que la naturaleza de Dios es forzada por el mismo Dios al arrepentimiento de los pecados: nosotros lo negamos, pero decimos que esa naturaleza que Dios hizo de la nada, después de haber pecado, es forzada al arrepentimiento de los pecados. Ellos dicen que la naturaleza de Dios recibe el perdón del mismo Dios: nosotros lo negamos, pero decimos que esa naturaleza que Dios hizo de la nada, si se convierte de sus pecados a su Dios, recibe el perdón de los pecados. Ellos dicen que la naturaleza de Dios es mutable por necesidad: nosotros lo negamos, pero decimos que esa naturaleza que Dios hizo de la nada, fue cambiada por voluntad. Ellos dicen que los pecados ajenos dañan a la naturaleza de Dios: nosotros lo negamos, pero decimos que ningún pecado daña a ninguna naturaleza, sino a la suya propia; y decimos que Dios es de tal bondad, de tal justicia, de tal incorruptibilidad, que ni peca, ni él mismo daña a nadie que no quiera pecar, ni nadie que quiera pecar le daña a él. Ellos dicen que hay una naturaleza del mal a la que Dios se vio obligado a dar una parte de su naturaleza para ser torturada: nosotros decimos que no hay ningún mal natural, sino que todas las naturalezas son buenas, y que Dios mismo es la suma naturaleza, y las demás naturalezas son de él: y todas son buenas en cuanto son, pues Dios hizo todas las cosas muy buenas, pero ordenadas en grados de distinción, para que una cosa sea mejor que otra; y así se complete esta totalidad de bienes de todo género, que con algunas cosas perfectas, otras imperfectas, es toda perfecta, la cual Dios, su hacedor y creador, no cesa de administrar con justo moderación; quien hace todas las cosas buenas por voluntad, no sufre nada malo por necesidad. Pues cuya voluntad supera todas las cosas, no siente nada involuntariamente en ninguna parte. Por tanto, cuando ellos dicen aquello, y nosotros decimos esto, que cada uno elija qué seguir. Porque yo, lo que con buena fe ante Dios diría, sin ningún afán de contienda,

sin ninguna duda de la verdad, y sin ningún prejuicio de una investigación más diligente, he expuesto lo que me parecía.